

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar
SOCIEDAD ◦ ARTE ◦ DEPORTE ◦ MODAS
Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PÍDANSE TARIFAS
Madrid - Goya, 3. Teléfono S.583.

IMPRESIONES DE VIAJE: JERUSALEM



La Nación, de Buenos Aires, se ha publicado el siguiente bello artículo del ilustre escritor don Augusto Rodríguez Larreta, del que nos complacemos en reproducir los siguientes párrafos:

«A medida que el «Mauretania» se acerca lentamente a la costa surge ante nosotros, cada vez más nítida, la línea del monte Carmelo, a cuya gracia compárase en el Cantar de los Cantares la gracia de la Sulamita. No puede ser más feliz esta primera imagen de la Tierra Santa; la cima del monte Carmelo, casi aislado por el mar, semeja la copa de un gigantesco almendro florecido. Y, sin embargo, su apacible belleza ha provocado en la cubierta principal del barco una agitación inusitada. Todos los pasajeros se atropellan y estrujan disputándose el privilegio de escuchar la narración de uno de ellos que conoce la historia de la herética Jazabel y los pormenores del holocausto profético de Elías...

Echa sus anclas el «Mauretania» frente a Haifa, puerto simple que recuesta su caserío rudimentario sobre la falda del monte. Con el orgullo geográfico de hallarnos por primera vez en el continente asiático, quisiéramos observarlo todo, gentes y lugar, pero al poner el pie en Palestina se apodera de nosotros la proverbial ceguera de los visionarios. Nos esclaviza la idea de llegar cuanto antes a Jerusalem. Tomamos, pues, asiento en un frágil tren, que inicia en seguida su marcha. Ya en él, pocos prestan atención al guía colectivo que a cualquier propósito nos aturde con relatos bíblicos extrañamente interpretados. En cambio atrae las miradas la llanura de Galilea que me sorprende por su parecido con la Argentina. Bajo idéntica luz se extiende el llano, sin relieve alguno, hasta el horizonte; la tierra, negra y fértil, se muestra seccionada por los cultivos; de trecho en trecho, a lo lejos, véanse pequeños bosques que semejan rodear las casas de una estancia o el rancho de un puestero, y los mismos labradores, cetrinos pausados, ponen en el cuadro la nota melancólica de los labradores nuestros. Verdaderamente el parecido sería total si no surgiera de vez en cuando la típica silueta de un camello, que atraviesa la llanura con su alargado paso ultramoderno.

Pero pronto varía el paisaje. Torcemos rumbo hacia el Sur y abandonamos la Galilea de los Gentiles, con sus «tierras de leche y miel», para aproximarnos a la región famosa que se repartieron las tribus de Judá. Paulatinamente la Naturaleza pierde su aspecto de generosidad y abundancia y se torna en accidentada, hostil. Atravesamos pequeñas colinas; luego colinas mayores y sierras ásperas. Al acercarnos a la ciudad de Dios, desfila por las ventanillas del tren la escenografía de las regiones infernales. Desde la arista de un desfiladero, nos muestra el guía el valle macabro del Cedrón, sembrado de umbas judías cuyos muertos esperan que allí se realice el Juicio Final; y, más adelante, el pequeño valle del Hinom, sitio de horror para los hijos de Israel e infierno de los musulmanes. Al levantar la mirada de esos tétricos valles aparece, majestuosa y dominante, como algo irreal y nunca visto, la ciudad santa integramente rodeada por murallas.

Detiéndose el tren mucho antes de llegar a Jerusalem. Descendemos, a una distancia que nos permite observar la ciudad en su conjunto; algo, en cambio, que no nos está permitido es describir; sería vano intento acometer esa tarea, pues para tener de Jerusalem un idea cabal es necesario llegar hasta ella. Conocerla es la primera de las muchas recompensas que reserva el Señor a los peregrinos.

Al galope corto de los caballos árabes nos encaminamos hacia la llamada Puerta de Jafa. Sobre una de las pequeñas laderas apenas arboladas que circundan la ciudad, algunas mujeres juntan hierbas con gesto indolente o permanecen pensativas mirando la lejanía. Al aproximarnos cubren aún más sus rostros velados y se apresuran a volvernos las espaldas. Hombres, sólo encontramos al pasar frente a una construcción exótica en cuya terraza fuman algunos su narguile, mientras otros ejecutan una música de ritmos monótonos en arpas horizontales. Y la caravana se disgrega, repartiéndose en al-

bergues de extramuros, servidos por negros de Nubia y del Sudán...

Es hoy muy tarde para intentar una visita a los santuarios, pero nada nos impide penetrar aunque sea rápidamente en el recinto de la ciudad misteriosa. Traspongo, pues, una de las pocas y retorcidas puertas que franquean las murallas y me interno por una callejuela sombría...

La ciudad, que vista desde lejos semeja un caserío compacto con sus cúpulas pequeñas e innumerables, muéstrase, al recorrerla, absolutamente diferenciada en cuatro barrios. El barrio llamado armenio, que se continúa insensiblemente con el barrio judío, presenta un aspecto inesperado; no por cierto el de una ciudad sino el de un conjunto de minúsculas granjas, divididas por paredés de piedra—sin ventanas—que se alzan a poca altura, suficientes, sin embargo, para ocultar el interior. Sus construcciones sin techos, ni punto alguno de referencia que permita la orientación, forman un laberinto de callejuelas sinuosas y accidentadas por las que sólo transitan escasas personas con indumentaria y maneras de pastores o labriegos. En tal condición, el barrio armenio, que recibe a raudales la luz del sol y en cuyas enrejadas tópanse uno a las veces con una majada de corderos o con un clásico burrito evangélico, contrasta vivamente con los barrios griego y musulmán. En éstos, las calles, más angostas aún, son todas tenebrosas y cubiertas a trechos por bóvedas bajas que las hacen parecer trozos de corredores subterráneos. Por ellas, en las que ha de andarse siempre a pie, circula una muchedumbre de tipos pintorescos y desiguales que sólo tienen de común el inequívoco aspecto asiático. Lentos y resignados detiéndose unos en las tiendas que derraman sus mercaderías sobre la calle misma; prosiguen otros en tanto su camino sin fijar siquiera la mirada en el turista incomprendible que ha cruzado medio mundo para verlos.

Sólo en los días siguientes al de llegada comprendo el significado de los pobladores de Jerusalem que producen una primera impresión confusa, como en la ciudad en que habitan. No se alcanza en un principio el sentido de esos hombres que viven sin ocupación aparente, de esas gentes que existen sin razón de ser. Es menester, para conseguirlo, visitar uno a uno los santuarios.

Parto de mi albergue al amanecer y atravieso la ciudad musulmana ya despierta por el grito del «muezin». Luego de dar mil vueltas por una madeja de callejuelas, llego, por fin, al colegio y convento de las damas de Sion, que finca sus cimientos en la roca del subsuelo, sobre el lugar que ocupaba la casa de Pilatos y en cuyo muro se apoya el arco llamado del Ecce-Homo, por decirse que bajo él fué entregado Jesús a sus verdugos. No bien entro al convento ofrécame su compañía una piadosa hermanita, que aun le guarda rencor a Judas y frunce el ceño cuando le nombra, y desciendo hasta el fondo de las excavaciones para ver el patio donde los soldados romanos esperaron que el Nazareno fuera juzgado. La relación entre esos escombros y los episodios evangélicos no surge mayormente, y es por de más inverosímil, pero tanta beatitud pone la religiosa en su explicación que sólo por no incomodarla me siento inclinado a creer en la autenticidad de todas las reliquias. Salgo, pues, de allí, resuelto a seguir sus indicaciones y emprendo camino hacia la cima del Calvario, por la vía Dolorosa.

Es una calle imprecisa de la actual Jerusalem; calle sin delinear, entrecortada por las características casas hierosolimitas; con sus techos caprichosos y sus escalerillas exteriores de piedra. En vano de trecho en trecho algunas cruces pintadas señalan las estaciones del Señor, y en vano el árabe displicente que me acompaña, indicando tal o cual casa, igual a las demás, me dice que esa fué la prisión de Cristo, aquella la habitación de Lázaro y la de más allá el palacio del mal rico; nada evoca la Vía Crucis en la que hoy preténdese ser la calle Santa. Llegamos así, a la cima del Calvario, que antes estuvo fuera del recinto de la ciudad y ahora desaparece bajo ella, y entramos en la iglesia del Santo Sepulcro. El edificio confuso, abrumado de recons-

trucciones, desde Santa Elena hasta Godofredo hasta nuestros días, encierra la consabida turbamulta de feligreses de sectas distintas cuyos sacerdotes, en eterna disputa, roban los cirios, cortan las alfombras y apagan los veladores de la secta enemiga. En el centro mismo de la rotonda de la Suprema Reliquia un soldado árabe, armado de un fusil, en nombre del comisario inglés, mantiene la paz entre los creyentes; y por allí desfilan juntos el latino, el protestante, el griego, el copto, el armenio, el árabe, cada uno con sus plegarias especiales, admitiendo todos con igual derecho al mismo Dios. Cuanto católico viene a este lugar, en busca de emoción religiosa, recibe un hondo desengaño... y para mayor desventura debe todavía, al salir de la iglesia, vencer el asedio de una hueste de vendedores fastidiosos que ofrecen con desparpajo astillas auténticas de la Santa Cruz o hilachas del lienzo de la Verónica.

Después del Santo Sepulcro reconozco rápidamente algunos templos griegos, armenios y coptos, en los cuales el ambiente, mas nítido y a veces arcaico, evoca la suntuosidad y tiesura de las estampas góticas. Y en todas partes reina sobre los creyentes el mismo éxtasis místico, la misma quieta ebriedad...

Fuera de la mezquita, se alzan en el abierto recinto algunos cipreses, una fuente de abluciones y una que otra cúpula aislada, como la llamada de la Ascensión, que recuerda el viaje nocturno de Mahoma a Jerusalem... Pero termina ya el día; el sol está próximo a hundirse detrás de las colinas grises, y los cipreses se acuestan en sombra sobre la terraza sagrada. Salgo, pues, del sitio del templo, y al pasar frente a la parte externa de sus cimientos presencio el espectáculo interesantísimo de las lamentaciones de los judíos. Junto a un trozo de muro convertido en reliquia lloran los hijos de Israel, desde hace varios siglos, la pérdida del templo. Al gemebundo oficio acuden al atardecer los judíos andrajosos y los rabinos espectaculares para verter cada día con su viejo dolor nuevas lágrimas. Dicen sus frases entrecortadas por el llanto: «Porque el palacio fué devastado; porque el Templo fué destruido; porque sus muros cayeron; porque nuestra grandeza pasó; porque murieron nuestros hombres ilustres; porque los sacerdotes fueron débiles y los reyes impíos... ¡por eso estamos solos y lloramos...!» Y cuenta la leyenda que Jehová recoge esta letanía y que sobre las piedras santas deja caer todos los viernes una divina lágrima de arrepentimiento...

Al terminar la recorrida de los santuarios, surge ante el viajero la imagen exacta de Jerusalem; del espíritu flotante sobre la ciudad que anima y sustenta la vida de su pueblo. Es la ciudad de los fanáticos y de los videntes. No hay en ella persona alguna que no se mueva a impulsos de una fe imperiosa; desde el beduino contemplativo que dejó su camello en la Puerta de Damasco hasta el fraile escualdo y vehemente con su barbilla renegrida y sus manos afiladas.

Pero no es éste el aspecto que suele buscarse en Tierra Santa. Me alejo, pues, de Jerusalem por ver si al apagarse la algarabía ensordecedora de las plegarias, puedo recoger en sitio alguno la emoción de los recuerdos bíblicos. Parto así una mañana de sol radiante en compañía de un «drogman» sapientísimo. Cruzamos el valle de Himeom, escudamos el Monte del Mal Consejo y luego de media hora de andar sobre colinas llegamos a Belén. Pueblo de égloga, situado sobre una altura, por entre sus pequeñas casas primitivas vense hombres que son pastores y mujeres que visten como Ruth. No trae a la memoria la ciudad activa que fué cuna de David; pero pudo muy bien ser así el pueblo humilde en que nació el Señor. Entre las casas pequeñas, escalonadas en la pendiente, álzase la iglesia del Nacimiento. Al visitarla vuelve a turbar la evocación el cúmulo de las reliquias. Se exhiben juntos, con visible artificio, el lugar de alumbramiento, el pesebre de la adoración de los Reyes Magos, el sepulcro de los Inocentes y la gruta en que pasó su vida San Jerónimo... Y sobre todas las reliquias conservábase, como ningún otro templo de Palestina, la basílica edificada en forma de cruz, en tiempos de Constantino. Sólo que en ella también clavó su garra la dis-

cordia de las sectas cristianas, y sus naves, divididas por tabiques, producen la impresión verdadera de una cruz rota en pedazos.

Caminamos ahora hacia el Oriente; desafiando los peligros que hicieron heroicas las andanzas de Chateaubriand, nos dirigimos hacia el Mar Muerto.

Sin dejar de ser montañosas, antes bien, acentuando sus accidentes, la Naturaleza va hundiéndose poco a poco hasta agobiarse bajo una atmósfera de región profunda. Las montañas se hacen cada vez más áridas, arenosas, agrietadas; cada vez más rotas en abismos, y llegan a producir un efecto fantástico. Sólo después de una travesía larga, cuando al frío de la altura ha sucedido un enervante bochorno, se abre ante nosotros el panorama del mar, circundado a distancia por las montañas brumosas de Moab. Cruzamos entonces un arenal y nos detenemos ante las aguas espesas.

A través del desierto del Bautista llegamos luego hasta el Jordán, que corre mansamente entre dos riberas cubiertas de baja vegetación.

De allí nos internamos de nuevo en el desierto, en dirección a Jericó. Quien no ha visto el desierto del Bautista mal puede imaginar hasta qué punto es en él quemante la atmósfera, pesada la arena y pavorosa la soledad. En su travesía interminable que aparecen despojadas de todo artificio las figuras evangélicas; y las imágenes así evocadas ya no se borran en el resto del camino. Jericó, el oasis maravilloso que surge inesperadamente en el desierto, muéstrase así como el lugar propicio al descanso de Jesús, después de los terribles días de ayuno en el erial. Es curiosa la transición que importa el pasar de un ambiente infernal a esa aldehuella fragante y llena de verdor que no guarda más gloria, de sus muchas glorias pasadas, que el perfume de sus flores y la dulzura de sus naranjas. A sus espaldas yérguese el monte llamado de la Tentación,

que luce, como incrustado en su cima, un blanco monasterio griego. Bordea el sendero la falda del monte, y por él alcanzamos nuevamente la carretera de Jerusalem, haciendo el mismo recorrido del Señor en las vísperas de la Pasión. Pasamos junto a su pequeña alquería que recuerda el episodio del buen samaritano y divisanos a lo lejos las ruinas de Betania, la ciudad de Marta y María. Luego es otra vez el perfil de la ciudad santa que ahora contemplamos desde lo alto del Monte de los Olivos.

Ya es fácil hallar el camino de vuelta. Dejo a mi acompañante en libertad y entro solo al huerto de Getzemani, que se alza, pequeño y cerrado, sobre el valle del Cedrón. No hallo en él sino un viejo fraile que, aprovechando la hora crepuscular, riega los olivos sagrados, a cuya sombra meditaba el Señor. Es un diminuto bosquecillo de olivos que seguramente fueron en tiempos de Jesucristo un solo árbol, cuyas ramas han ido echando raíces; ese bosquecillo es la única reliquia indudable de la época evangélica. A su frente, levántase la ciudad rodeada por murallas, agresiva como una fortaleza medioeval, y a sus pies va ensanchándose el valle de Josafat, con sus tumbas blanqueadas que evocarán siempre a través de las palabras de Jesús, la hipocresía de los filisteos. El ver así a Jerusalem, idealizada por la media luz de la tarde, desde el mismo sitio en que el Nazareno la contemplaba con la ambición divina de implantar su religión de bondad en el templo corrompido, llena el espíritu de un misticismo que no se alcanza en los santuarios. Sólo entonces logro sentirme poseído por la emoción de los recuerdos, y por momentos creo que va a acercarse a mí el viejo fraile jardinero para decirme las palabras que yo ansío escuchar:

—He aquí Jerusalem, la ciudad impenetrable y santa. Dió su vida Nuestro Señor para purificarla con su muerte. Peregrino: deja caer el

ropaje de tu incredulidad porque es éste sitio de exaltación y de confianza; no cuadra en los lugares sagrados la vestidura elegante de los cépticos, como no rasga los cimientos del templo la agudeza de las ironías. Despójate, asimismo, del barniz de erudición que tan fácilmente se adhiere en los libros presuntuosos de la edad moderna. Bien se yo que muchos sabios han desentrañado los rastros de las viejas civilizaciones y analizado con implacable puntualidad los textos religiosos; pero sé también que los críticos de la historia son los eternos aguafiestas de todas las evocaciones y sospecho que Renán se arrepintió alguna vez de haber malogrado su candor de creyente con su indiscreto afán de escudriñar el pasado. La verdad minuciosa, la fría razón, espero que la habréis dejado en tu patria distante; allí hacen seguramente mucha falta; pero aquí debes entregarte sin recatos a las hondas emociones sobrehumanas. Es muy largo el viaje a Palestina para sacrificarlo a las quisicosas de los historiadores. Lejos de la mirada inquisitorial de los ateos evoca la religión de tu infancia y saboréala como un fruto prohibido. De todo cuanto aprendiste recuerda tan sólo las imágenes ingenuas de tu primer libro de oraciones: desde el establo risueño de Belén y los Reyes fabulosos persiguiendo la estrella sobre sus dromedarios, hasta la cena de los apóstoles y el Calvario sombrío con su negra cruz rodeada de nubes macizas. Esas imágenes te bastarán para evocar los relatos que poblaron tu niñez de ideas puras; y si fuiste olvidadizo de tu fe primera, piensa que algún día volverás a ella cuando hayas agotado en el camino el pobre caudal de tus esperanzas terrenales.

Pero el viaje fraile nada dice. Continúa regando humildemente los olivos de Getzemani. El no es un catequista: cuiden otros la suerte de las almas; él es un jardinero que cuida los olivos del Señor...

NUESTRO NUEVO PRELADO

UNA POESÍA EN HONOR DEL DOCTOR EIJO

En una breve poesía con que los caballeros del Pilar celebraron la terminación del solemne triduo en honor de sus titulares San Francisco de Borja y Nuestra Señora del Pilar, el ilustre literato D. Victor Espinós, leyó la siguiente poesía de salutación al nuevo Prelado de la Diócesis, Doctor Eijo:

PADRE Y CAUDILLO

PRELUDIO

Al nacer de la mañana
lanzan su bélico himnario
los clarines, que despiertan
a caudillos y a soldados.
Quiere el Rey que los conduce
alinearlos en el campo
para mirarse orgulloso
en guerreros tan bizarros,
que sus colores y emblemas
en paveses y penachos,
lucen a fuer de leales,
y, a más de leales, bravos.
Quedan desiertas las tiendas,
porque acuden al reclamo
todos, mirando al honor
del juramento prestado,
y en las filas apretadas
y en los apretados rangos,
nadie dirá que la muerte
pudo abrir brecha ni claro,
que no perece un ejército
mientras queda en pie un soldado.
Sobre los hierros pulidos
de las lanzas y los cascos,
que como ascuas encendieron
del sol los primeros rayos,
gonfalones, y estandartes
y banderas, ondeando

de la brisa matutina,
leve y fresca, a los halagos,
fingen temblor de impaciencia
que agita de punta a cabo
a la armada muchedumbre,
a quien su Rey a llamado.
Sordo rumor que se mezcla
al piafar de los caballos,
al chocar de los aceros
a la recia voz de mando,
dice al Rey, que bien lo entiende:

—Henos aquí: por ti estamos
resueltos a dar la vida,
pues pelear a tu lado
es alcanzar la victoria
sin falencia y sin engaño,
que nunca faltó tu ley
ni eres en pagar escaso,
ni se puede ser traidor
junto a Príncipe tan claro,
ni se puede ser cobarde
junto a César tan gallardo,
ni remiso junto a un Rey
tan resuelto y voluntario.
Henos aquí, ya vestida
la loriga y embrazado
el escudo que nos diste,
y apercebida en la mano
diestra, la espada vibrante
porque se tarda el asalto...
Suene tu palabra, ¡oh Rey!
Da la señal que esperamos
para librar las batallas
del Señor, que te ha enviado,
firme el pecho y obediente
el corazón, pronto el brazo.
Henos aquí. Tu deseo
es nuestra voluntad. ¡Máندانos!

El Rey, húmedos los ojos,
que levanta al cielo claro,
suelta el hierro, y fervorosa
la mano derecha alzando

sobre los hombres vestidos
de acero, con gesto amplio,
bajo la bóveda inmensa
del firmamento, incendiado
ya por el sol, traza el signo
de redención sacrosanto,
y a su ejército bendice.
Mientras atruenan los espacios
las trompetas y fanfarrias,
que están la gloria anunciando
a los valientes, que saben,
cuando es bien, ser humillados.

ENVÍO

Señor. Los Caballeros
en cuyo campamento te has dignado
tomar asiento y pan, se honran llamándose
su padre y su caudillo juntamente.
A tu voz apostólica se humillan,
que es la voz de la Iglesia inexpugnable;
a tu urgente mandato se alían,
prontos a combatir por Jesucristo,
cual guerrilla volante que la táctica
de Ignacio y Borja practicar desean,
a tu gesto paterno y amoroso,
sentándose a su mesa de soldados
con el respeto alegre con que mira
la familia feliz al noble jefe.

PLEGARIA

Y quede en este día
tan español, tan grato, tan solemne,
de mil recuerdos impercederos,
al pie de tu persona veneranda,
esta plegaria de los Caballeros:
¡Padre, bendícenos! Caudillo... ¡manda!

A esta poesía, que fué acogida con grandes aplausos, contestó el Obispo de Madrid-Alcalá con un sentidísimo discurso, que produjo gran emoción en todos los presentes.

o d
s lu
s es.
tem-
asi-
facil-
os de
ibios
civi-
uali-
que
gua-
que
nalo-
creto
inu-
jado
iente
sin
anas.
crifi-
Lejos
ca la
fru-
cuer-
imer
fo de
a es-
ia de
i ne-
imá-
s que
e ol-
n dia
ami-
ales.
a re-
nani.
te de
s oli-

IIII

O

vío
te

RIA

con
ispo
simo
n en

Vida Aristocrática

DIRECTOR-PROPIETARIO
ENRIQUE CASAL (LEON-BOYD)



Año IV.—Núm. 103
15 Octubre 1923

Si el conde de Esteban Collantes ha gozado siempre en Madrid de generales simpatías, sus bellas hijas han sabido heredar ese atractivo especial que mueve al afecto y a la admiración. Por eso, al honrarnos hoy reproduciendo en nuestra primera página este retrato de la señorita de Esteban Collantes, estamos seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

Bodas

EN la capilla particular de «Torre Ponsich», la señorial mansión que en Sarriá poseen los señores de Ponsich, se ha celebrado el matrimonio de la encantadora señorita María de Ponsich Sarríera, hija de aquéllos, con el bizarro capitán de Caballería don Juan de Suelves y de Goyeneche, hijo de los marqueses de Tamarit.

La boda ha constituido un gratisimo acontecimiento para la sociedad barcelonesa, en la que las dos respetables familias unidas por este enlace gozan de grandes simpatías. Prueba elocuente de ello ha sido la gran cantidad de valiosos regalos que los contrayentes han recibido.

Como es sabido, la novia, que es muy linda, pertenece a una familia ilustre de la nobleza catalana. En cuanto al novio, es el primogénito de la casa de Tamarit, una de la más antiguas y de más noble estirpe del Principado catalán. Por su madre, que es hija del conde de Guaquí, pertenece a otra ilustre casa.

La boda de los nuevos señores de Suelves fué bendecida por el cardenal arzobispo de Tarragona, señor Vidal y Barraquer.

Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia, señora de Ponsich, y el abuelo del novio, conde de Guaquí, representado por el marqués de Tamarit, y fueron testigos por ella don José María de Ponsich, el marqués de Marianao, los condes de Solterra y de Torre Saura y don Antonio Cuyás. Por el novio fueron: el capitán don José de Suelves, el conde de Casa Saavedra, marqués de Corpa, don Sebastián y don Carlos de Goyeneche, y el comandante de Artillería, don Felipe de Miguel y de Suelves.

Los novios salieron para San Sebastián, con objeto de ver a su ilustre abuelo el conde de Guaquí, y luego continuaron su viaje a París y Londres.

ANTE el altar de Nuestra Señora de los Desamparados, de la parroquia de Santa Cruz, han recibido la bendición nupcial la bella señorita María Rosa de Gabriel y Ramírez de Cartagena y don Ernesto Santiesteban y Valls.

Apadrinaron a los contrayentes la madre del novio, doña Purificación Valls, y el padre de la desposada, el ilustre otorinolaringólogo doctor Compaired.

Fueron testigos, por parte de la novia, el coronel don Fernando Pastrana, el hijo de éste, capitán don Enrique, y los hermanos de ella, el oficial de Artillería don Alfonso y el licenciado en Filosofía y Letras don Alejandro, y por parte del novio, sus hermanos, don José y don Carlos, y don Ramón Rodríguez de Trujillo y don Luis Molina.

Los nuevos esposos salieron para Zaragoza, Barcelona y ciudades del Norte. Los deseamos todo género de venturas.

EN la parroquia de San Jerónimo el Real se ha celebrado el matrimonio de la bella señorita María Luisa Burguete y Reparaz, hija del ex Alto Comisario de España en Marruecos, general don Ricardo Burguete, con don José Rubio Sacristán.

Apadrinaron a los novios la señora de Rubio, madre del novio, y el agregado comercial a la Embajada Argentina, don Fernando Jardón, y fueron testigos, por parte de ella, el presidente del Directorio, general marqués de Estella; el presidente del Supremo de Guerra y Marina, general don Francisco Aguilera; don Rafael Linage y don Carlos Muñoz y Roca Tallada, hijo del conde de la Viñaza; y por parte del novio, don Federico Cantero Villamil, don Ricardo Rubio Sacristán y don Geminiano Carrascal.

Los señores de Rubio, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para Andalucía.

SE ha celebrado en la parroquia de San Jerónimo el Real la boda de la bella señorita María del Pilar Reguals con el notable escritor don Enrique Pacheco y de Leyva.

Apadrinaron a los contrayentes la madre de

la novia, doña Asunción Ansorena de Reguals, y el general Gutiérrez Calderón, y bendijo la unión el obispo misionero de Tokio, don Nicasio Arellano.

Como testigos, firmaron el acta el gobernador del Banco Hipotecario, señor Llorente; el embajador don Ramón Piña, don Carlos Soler, don Pedro Gámiz y don Luis Soler y Blat.

La novia vestía precioso traje de seda blanco, adornado con encajes.

Los nuevos esposos, a quienes deseamos eternas felicidades, salieron para El Escorial.

OTRA boda: en la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena se ha celebrado el enlace de la señorita Ana Servet y López Altamirano, hija de nuestro ministro en Constantinopla, con el capitán de Infantería don Eugenio Bonelli y Rubio, hijo del ilustre africanista don Emilio Bonelli.

Fueron padrinos la madre del novio y el padre de la novia, y firmaron el acta como testigos, por parte de ella, el subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; don Rafael López Lago, jefe de la sección de Comercio; don Sixto Berriz, don José Gavilán y don Luis N. de Tejada, y por parte del novio, el duque de la Unión de Cuba, en representación del conde de Güell; el coronel de Caballería don Joaquín Ciria, don Manuel Romero Yagüe y don

A FLORENCIA

PATRIA INGRATA DE DANTE ALIGHIERI

SONETO

Hoy alzas en tus plazas seculares
Al Alighieri estatuas e inscripciones.
¿Porqué ayer las intrigas y pasiones
Le negaron vivir entre tus lares?
Infligiste el mayor de los pesares
Al que es hoy el mejor de tus blasones;
¡Gran lección para humanos corazones
Volubles cual las hondas de los mares!
Mas si grave tu culpa, dura ha sido
La expiación. Del noble Desterrado
Las gloriosas cenizas has perdido.
Y mientras el depósito sagrado
Rávena guarda, el Arno dolorido
Llora la ausencia del poeta amado.

ELOY BULLÓN.

Florenca-7-IX-1923.

Atalo Castañs. Deseamos a los nuevos esposos muchas felicidades.

TAMBIEN se han celebrado recientemente los siguientes enlaces: de la señorita Mercedes Blázquez, hija del académico de la Historia don Antonio, con don Ramón de Artaza y Malvares; de la señorita Isabel Cortabitarte con el ingeniero de Caminos don Javier Mutuverría, pertenecientes ambos a distinguidas familias vascas; de la señorita María Teresa Cánovas del Castillo con don Manuel Martínez Avial, siendo padrinos el padre de la novia, don Máximo Cánovas del Castillo y Vallejo, y doña Carmen Bonaplata de Martínez Avial, madre del contrayente, y de la señorita Ana Elizaguirre, perteneciente a distinguida familia mejicana, sobrina de la marquesa de San Marcial, con el aristócrata sevillano, don Fernando Serra Pickman, hijo de los marqueses de San José de Serra.

Sean muy felices todas las nuevas parejas.

Los marqueses de Urquijo han pedido, para su hijo don Fernando, la mano de la bella señorita María Ramírez de Haro y Chacón, hija de los condes de Villamarciel.

Esta boda constituirá un gran suceso para la sociedad de Madrid, por gozar en ella ambas familias generales afectos y respetos.

La señorita de Ramírez de Haro es una encantadora muchacha, que se capta las simpatías de cuantos tienen el gusto de tratarla, por su belleza y bondad.

El novio, cuarto de los hijos de los marqueses de Urquijo, es un joven inteligente y simpático, que hizo con brillantez la carrera de abogado.

El señor Urquijo ha regalado a su prometida una cinta de brillantes, montada en platino, con gran esmeralda, y la señorita de Villamarciel, a aquél, reloj y cadena de oro con las armas.

Con motivo de la petición, la marquesa de Urquijo regaló a su futura hija un «Vanchy-Box» de oro y esmalte, y los hermanos del novio, sortija con esmeralda, brazaletes de oro y esmeraldas, y pendientes antiguos, de topacios, respectivamente.

Los condes de Villamarciel obsequiaron con una comida a los marqueses de Urquijo y a sus hijos.

EN el próximo invierno se celebrará el enlace de la bella señorita María de Ussía, marquesa de Colomo, hija de los marqueses de Aldama, con el conde de Floridablanca.

Los novios están recibiendo numerosos regalos de sus amistades, y su boda constituirá un grato suceso para la sociedad.

LA condesa de Casa Tagle de Trassiera ha marchado a París, donde se propone pasar una temporada.

El objeto de su viaje es pedir la mano de una bella señorita, hija del marqués de la Pica, para su hijo el joven diplomático don Fernando Márquez de la Plata, agregado a la Legación de Chile en esta corte.

La boda se celebrará en breve en París.

EN la hermosa posesión de los señores de Meske, en Ozarow (Polonia), ha sido pedida la mano de la bella señorita Irene Meske, para don Enrique Traumann, encargado de Negocios de Guatemala.

Los señores de Meske pertenecen a una ilustre y noble familia, que reúne los títulos de conde de Wedel Parloff y von Rubach.

La boda se celebrará a primeros del próximo año, y el nuevo matrimonio fijará su residencia en esta corte.

PARA el mes de diciembre ha sido concertada la boda de la bella señorita, vizcondesa de Torre Almirante, hija de la marquesa de Casa-Ximénez y del difunto duque de Arévalo del Rey, con el ex ministro liberal don Joaquín Salvatella.

EN la *Gaceta* se ha publicado una Real orden concediendo a don Alfonso García Conde, agregado diplomático en el Ministerio de Estado, Real licencia para contraer matrimonio con la señorita María de los Dolores Tartiere y de las Alas Pumariño, hija de los condes de Santa Bárbara de Lugones.

SE ha concertado el matrimonio de la bella e inteligente señorita Encarnación Ortiz Echagüe, hija del coronel de Ingenieros don Antonio Ortiz y sobrina del general Echagüe, con el distinguido caballero venezolano don Rafael Luna. La boda será el 1.º de Diciembre en San Sebastián.

PARA el mes de Noviembre se ha fijado la boda, que se celebrará en Cabra de la bella señorita Isabel Albornoz y Martel, nieta de los difuntos condes de Torres Cabrera, y el joven marqués de Escalona, primogénito de los marqueses de Villanueva de las Torres.

También en Noviembre será el enlace, en esta corte, de la bella señorita Josefina Milla y Ramírez de Arellano, nieta de la marquesa viuda de la Fuensanta del Valle, y don Tomás Amusco.

LA señora de Díaz, perteneciente a distinguida familia argentina, ha pedido para su hijo don Luis R. Díaz, la mano de la bella señorita Concepción de Céspedes y Mac Crohon, hija del senador vitalicio y consejero del Banco de España, don Valentín.

FIGURAS DE LA ESCENA DE TEODORA LAMADRID Á CARMITA OLIVER

Los éxitos que recientemente ha conquistado en tierras de América la joven y ya famosa actriz española Carmita Oliver Cobeña, traen a la memoria de quienes por afición se han dedicado a leer anécdotas y biografías de artistas dramáticos, la figura de aquella otra gran actriz que se llamó en el mundo del arte Teodora Lamadrid.

Su verdadero nombre era, como nadie ignora, Teodora Herbella. Este apellido fué el de su padre, quien, al dedicar a sus hijas, por reveses de fortuna, al teatro, adoptó para ellas el de Lamadrid, que también le pertenecía, aunque de un modo lejano.

Lo mismo que Carmita Oliver ahora, Teodora Lamadrid demostró extraordinarias cualidades para el teatro desde muy joven. Cuando sólo contaba ocho años vióla representar en Sevilla el director del Teatro del Príncipe, de Madrid, D. Juan Grimaldi, quien quedó tan bien impresionado del arte que ya se adivinaba en la incipiente artista, que pocos años más tarde la contrató para su teatro en calidad de damita joven. Bien es verdad—y aquí sigue el paralelo con Carmita—, que Teodora tuvo muy cerca, para aficionarse al teatro, el ejemplo de su hermana Bárbara, excelente actriz que durante la infancia de Teodora cosechaba muchos aplausos en los principales teatros de Andalucía, y que en 1833, año en que ingresó en la compañía de Grimaldi la casi niña, alcanzó en *Muría Estuardo* un señalado triunfo en Madrid, promesa del resonante que tres años más tarde logró interpretando el papel de la gitana Azucena en *El Trovador*, de García y Gutiérrez.

Cuéntase de Teodora Lamadrid, que durante sus primeros años de vida artística tuvo que luchar con algunos defectos de voz y de gesto, los cuales consiguió corregir a fuerza de estudio y de voluntad. Era tal su afición, que se pasaba muchas horas seguidas aprendiendo sus papeles y meditando sobre ellos, haciendo al mismo tiempo difíciles ensayos de dicción, para lo cual recitaba en voz alta trozos de prosa o de poesía, que por lo intrincados ofrecían grandes dificultades que vencer. Así, merced a sus entusiasmos y a su tesón, logró en poco tiempo ser primera dama en el madrileño teatro de la Cruz, apareciendo en 1851 como primera actriz en el coliseo llamado de los *Basílios*, donde actuaba una compañía bajo la dirección de D. Joaquín Arjona. Entonces fué cuando estrenó *Adriana Lecouvreur*, obra que consolidó su reputación de gran artista. Después, en *Locura de amor*, en *El tanto por ciento*, en *Bienaventurados los que lloran* y en *La villana de Vallecas*, alcanzó sucesivos éxitos grandes.

Teodora Lamadrid llegó a ser durante varios años ídolo de nuestro público. Así la pena de éste fué grande cuando se enteró de que su actriz había aceptado ventajosas proposiciones para actuar en América del Sur. En 1870, en efecto, marchó a la Argentina Teodora y allí recogió laureles y dinero. Su arte, ya en declive—pues tenía cerca de cincuenta años—, produjo un extraordinario efecto.

En esto de la edad sí que se diferenció de Carmita Oliver. Mientras que ella se decidió a pasar el charco, con un nombre famoso y un arte comenzando su ocaso, Carmita ha atravesado el Atlántico cuando aún no ha cumplido los veinte años, con un nombre que ahora empieza a alcanzar celebridad y con un arte en su aurora.

No obstante, la labor escénica de la señorita Oliver Cobeña ha hecho a más de un crítico bonarense—y esta es la razón de que hoy hablemos de estas dos figuras de nuestro teatro—, traer a colación el arte de Teodora Lamadrid. En Carmita ven esos señores una continuación del espíritu, del modo de hacer de aquélla... a juzgar, naturalmente, por lo que les hayan contado sus padres o sus abuelos. Pudiera ser. Desde luego, en Carmen Oliver hay un sincero entusiasmo y una realidad artística indudable. Se ha encarrilado además por las normas de nuestro teatro clásico, en el que tanto bueno podrían hacer los actores españoles deseosos de dar a conocer al público algo al menos de lo mucho bueno que existe en nuestra dramática.

Bien orientada y con facultades y alientos para ello ¿por qué no ha de ser esta chiquilla una figura que, como la de Teodora, llene un espacio en el teatro español? María Guerrero lo ha hecho bien cumplidamente. Ahora tienen la palabra las jóvenes que llegan con arrestos y con voluntad.

Y así como en actores, son precisos hombres de las condiciones intelectuales y artísticas de D. Julián Romea, en actrices son necesarias siempre mujeres del temple y de la afición de Teodora Lamadrid.

¡Afición! He aquí lo principal que hace falta para dedicarse a cualquiera de las actividades humanas. ¡Desgraciado de aquel que desoiga los dictados de sus aficiones, siempre que estas sean nobles! Por eso hay tantos malos artistas en el mundo. Y por eso, porque supieron ser esclavas de su afición, fué estrella de primera magnitud en el teatro español Teodora, y lo será, si su resplandor no se apaga, la gentil Carmita.



Teodora Lamadrid en «Adriana Lecouvreur»



Julián Romea en «Sullivan»

Cuadros de M. Bejarano.

JUAN DE AVILÉS.

RECUERDO HISTÓRICO

DESPUÉS DE MONTE-MURU

V

DE LA GUARDIA A IRÚN

TERMINADA la maniobra de Pamplona, el General La Serna no quiso demorar por más tiempo la operación sobre La Guardia. Ni era posible, porque los desmanes de los carlistas en la ribera alta de la Rioja iban en aumento.

Dueños, con la posición de La Guardia, los facciosos de la llamada Rioja Alavesa sacaban de esta tierra feraz cuantiosos recursos. Desde la orilla izquierda del Ebro, y a la luz del día, los tiradores carlistas hacían fuego sobre los trenes de tropa, viajeros o mercancías que recorrían la línea de Miranda a Castejón; para después por la noche, y aprovechando multitud de vados que la sequía del verano deja en el río, atravesarlo, y ya en la margen derecha, destruir la vía férrea, inutilizar el telégrafo y llevar la alarma a los pueblos inmediatos.

Era preciso obrar rápidamente, pues la represión o el intento de represión de estas tropelías, entretenían no pequeño número de tropas, que eran necesarias en otro lado.

La Serna, con objeto de llamar la atención del enemigo por todas las regiones del Norte en que operaba, especialmente en Alava y Navarra, para de este modo evitar toda concentración de fuerzas carlistas en la Rioja Alavesa, dió órdenes en este sentido a sus generales.

Pero un duro temporal tuvo paralizado los movimientos hasta el 7 de Octubre, en que dió principio la maniobra. Moviése Moriones de Tafalla y Olique hacia la ribera del Ega, en dirección a Larraga y Miranda de Arga, en tanto que Loma, desde la capital de Alava, avanzaba sobre los montes de Vitoria, y Blanco, con toda la división de vanguardia, más una batería de montaña y 5 escuadrones, se situó en Briones, frente a San Vicente de la Sonsierra, dispuesto a pasar por este lado el Ebro, tan pronto como los Ingenieros echasen un puente sobre el río.

Estos movimientos dieron el resultado que se esperaba, pues los facciosos, amenazados por varios sitios, no pudieron ser fuertes allí en donde habían de ser atacados.

El día 8, a las seis de la mañana, salió La Serna de Logroño, residencia del Cuartel general, con todo el 2.º Cuerpo, a las órdenes de Ceballos, en marcha hacia La Guardia.

Iba en vanguardia la brigada Bargés, que flanqueaba al mismo tiempo la derecha de las tropas; seguía la brigada Espina, marchando detrás todo el resto del 2.º Cuerpo, con la artillería y el convoy de municiones.

En las alturas de Asa e inmediatas, cercanas a La Guardia, y en número de 12 batallones, alaveses, castellanos y vizcainos, esperaba el enemigo al mando del bravo D. Rafael Alvarez, héroe de San Pedro Abanto. Dispuestos estaban los facciosos a una fuerte defensa, pero ante el valor nunca desmentido de los carlistas, estaba la maniobra de las tropas de la libertad.

Iniciado el fuego por las guerrillas de la brigada Bargés, toda la división La Portilla, 1.ª del 2.º Cuerpo, se sitúa a ambos lados de la carretera, para proteger el despliegue de la artillería montada que, a su vez, rompe el fuego sobre las posiciones del enemigo. Una

brigada de la segunda división, que manda Fajardo, cubre la retaguardía.

En tanto de este modo se ataca el frente de la línea carlista, la brigada Espina, moviéndose sobre su derecha, amenaza las trincheras de la izquierda facciosa.

Blanco, con sus cazadores, sus piezas a lomo



Don Carlos de Borbón y su hermano Don Alfonso, en sus mocedades.

y su caballería, pasa el Ebro por el puente de pontones echado frente a San Vicente de la Sonsierra, y lanza el batallón de Alcolea sobre la retaguardia del enemigo.

Alvarez tiene que emprender una rapidísima retirada, hacia la próxima sierra de Cantabria y

el alto Ega, en la frontera alavesa de Navarra, si no ha de quedar por completo envuelto, pues allá en lontananza, y sobre las cumbres de los montes de Vitoria, se ven brillar también las bayonetas del General Loma, que avanza.

La infantería de Bargés y de Espina coronan las posiciones de Asa, abandonadas por el enemigo, y cesa el fuego. En la Plaza de La Guardia, sus habitantes enarbolan bandera blanca.

El General Ruiz Dana, Jefe E. M. G., se adelanta al galope con dos baterías montadas y tres escuadrones con objeto de reconocer el terreno y cortar la retirada a los carlistas. Pero esto no es posible, pues los facciosos se internan precipitadamente en las sierras cercanas.

Poco después, llega D. Manuel de La Serna a donde se encuentra Ruiz Dana, y no tarda en presentarse al General en Jefe el Alcalde de La Guardia, participándole que la Villa se encuentra ya libre de carlistas. En el acto, un batallón del regimiento de Castilla, toma posesión de la Plaza, y a las cuatro de la tarde entraba en ella el General en Jefe del Ejército del Norte con el Cuartel General, el Comandante en Jefe del 2.º Cuerpo y la división La Portilla. La población estaba casi desierta, pues sus moradores, muchos de ellos la habían abandonado ante las contingencias de un sitio.

Dejó La Serna en La Guardia una brigada del 2.º Cuerpo, situó el resto de estas tropas en los pueblos de la Rioja Alavesa, y regresó el día 9 a Logroño.

Fijos los carlistas en el plan que había de llevar consigo el hacerse ellos dueños de la Capital de Navarra, y en posesión con la retirada de Moriones, los facciosos, de la línea del Carrascal, Mendiry procedió a que fuesen profusa y rápidamente atrincheradas las sierras que circundan a Pamplona, principalmente aquellas que por la parte Sur y por lo duro y áspero del terreno, hacían más difícil el acceso a la plaza.

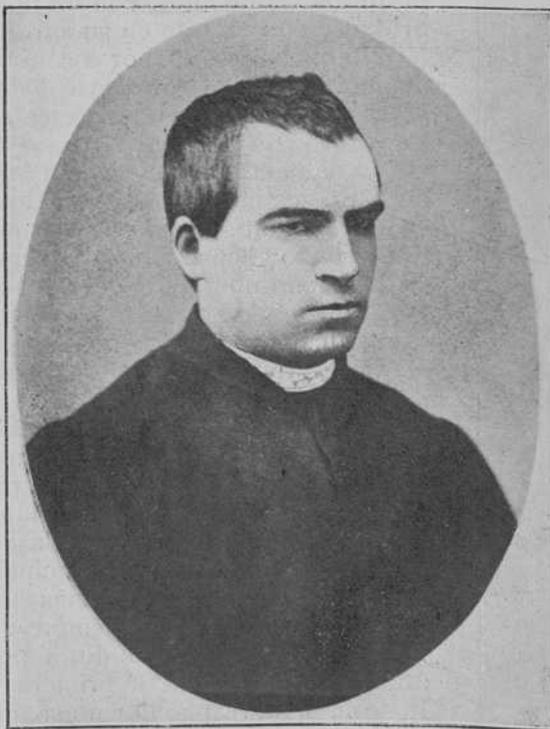
Debía de partir esta línea atrincherada del monte de San Cristóbal de Cirauqui, en el macizo del Esquinza, para terminar en la peña de Unzúe, en la vertiente meridional de la sierra de Alaiz. Una segunda línea oblicua de trincheras, desde la ermita y pueblo de Añorbe hasta la venta llamada del Portillo, en el lado Este de los montes del Perdón, completaban estas defensas formidables.

En ellas, el nuevo Jefe de E. M. faccioso tenía previsto el movimiento envolvente que el enemigo pudiese hacer desde Sangüesa, flanqueando la izquierda carlista, movimiento que podría ser neutralizado con un cambio de frente, trasladando las fuerzas de la línea San Cristóbal-Unzúe, a la línea Añorbe-Portillo.

De este modo el bloqueo de la capital de Navarra sería efectivo.

Febrilmente comenzó la construcción de defensas en aquellos riscos, naturales fortalezas, empleándose en la obra 11.000 trabajadores.

Después de la toma de La Guardia, los generales La Serna y Moriones conferenciaron el 26 de Octubre en Castejón, con objeto de ver si era posible un ataque sobre las líneas del Carrascal. Pero no pudo realizarse la maniobra, sin antes conferenciar también con el Gobierno, por la escasez de fuerzas para el movimiento.



El cura Santa Cruz, en 1873.

«Reunido aquí, con el General Moriones, decía La Serna en telegrama al Ministro de la Guerra, Serrano Bedoya, hemos acordado una operación tan importante, que ruego a V. E. me autorice a mí o al General Moriones para ir a esa Capital.»

Autorizado La Serna, marchó a Madrid, después de entregar el mando interino al General Pieltan, Comandante en Jefe del 2.º Cuerpo, por cese de Ceballos.

El estado pecuniario de las fuerzas del Norte, era lamentable.

Importaba al mes el presupuesto de campaña 16 millones, y de esta cantidad, la Hacienda había girado 8 millones en Septiembre, y en Octubre 5 tan solo. El haber en algunos batallones faltaba, familias de guardias civiles y carabineros, en Alava, pedían limosna, y los hospitales nada recibían. En los primeros días de Noviembre, y cuando el General en Jefe se encontraba en Madrid para resolver con el Presidente del Poder Ejecutivo y el Ministro de la Guerra el plan de operaciones que se debía de adoptar, se giraron por mediación de D. Manuel de La Serna, al Norte, 4 millones, que sólo sirvieron para cubrir las necesidades más perentorias del Ejército.

Si grande era el afán del Alto Mando carlista en hacerse dueño de la capital de Navarra, no era menos vehemente su deseo de posesionarse de Irún. Ciudad y Villa situadas en regiones que los facciosos dominaban, su posesión podía traer consigo, en el sangriento proceso de la Guerra, el reconocimiento de beligerancia a la Causa carlista, por parte de las Potencias.

Así, pues, al mismo tiempo que las montañas cercanas a Pamplona se llenaban de zanjas, parapetos, trincheras y reductos, el bravo valle del Bidasoa, inmediato a Irún, era, a su vez, en sus macizos, trocado en ciudadela que amenazaba, con sus fuegos, destruir la guipuzcoana urbe fronteriza.

Abandonados habían sido por los facciosos los proyectos de expediciones sobre Castilla para fijarse en Navarra, y, muy principalmente, en el otoño de 1874, en la «Muy benemérita, generosa, noble y leal villa de Irún».

El momento elegido por los carlistas para la empresa era oportuno por la escasez de fuerzas en el Ejército liberal, su actitud defensiva y dificultades para trasladar tropas a los puntos amenazados. Olvidaron, sin embargo, los facciosos, en esta nueva maniobra, que el «Tridente de Neptuno es el amo del Mundo», que «quien domina el Mar vence en la Tierra» y que por la costa había de venirles el origen del fracaso.

El ataque a Irún lo decidió el Alto Mando faccioso en un Consejo de generales, celebrado en los primeros días de Septiembre, en Estella; comenzando a desarrollar el plan después de los desembarcos en Matricó y en Fuenterrabía, durante Octubre, de 16 cañones de montaña de acero comprimido, seis Krupp, de a ocho centímetros y de acero también, 400 granadas, 1.000 espoletas y 6.500 fusiles Berdan y de otros sistemas, con 770.000 cartuchos.

Mientras se distribuían los mandos en las tropas carlistas que habían de operar y se fortificaban las posiciones, ocurrían hechos verdaderamente lamentables en ambos campos. Desertaban voluntarios de uno y de otro bando, y en Tolosa se dió el tristísimo espectáculo de «em-

plumar» a desdichadas mujeres, por ser espías las unas y sin más delito las otras que el estar casadas con voluntarios liberales.

Desde los valles del Orío y del Urumea hasta las riberas del Oyarzun y del Bidasoa, cubrían las imponentes posiciones de Urnieta, Goiburu y Fagollaga, Santiagomendi, Choritoquieta y San Marcos, Oyarzun, Zamalvide y Jaisquibel seis batallones, el 1.º, el 6.º, el 5.º, el 3.º, el 7.º y el 8.º de Guipúzcoa, y 15 compañías pertenecientes a los batallones 2.º y 4.º de la misma región. Estas tropas fueron reforzadas con artillería de montaña, y después, en infantería, hasta el número de 22 batallones, entre los cuales se encontraba el de los veteranos Guías de Don



Bataillón carlista en marcha.

Carlos, brillantes voluntarios, excelentes soldados de la Causa.

Al Este de Irún establecieron los facciosos cinco baterías. Una situada en el monte de San Marcial, a 2.500 metros de la plaza, con seis piezas; otra en las alturas de Ibaiceta, con tres morteros y dos obuses; en la prolongación del monte, y cerca del anterior, otra batería con cinco cañones; a mayor distancia, y en la loma del mismo cerro, cuatro piezas y cerca de Aldave otra batería con dos cañones de a ocho centímetros.

Mandaba la línea en jefe el general D. Hermenegildo Ceballos; las fuerzas de infantería el marqués de Valde-Espina y D. Manuel López Caracuel, y las tropas de sitio el jefe de Ingenieros general Alemany.

La Majestad de Carlos VII se puso al frente de todas las fuerzas, enardecidas extraordinariamente con la presencia del Monarca.

«La plaza de Irún, dice la Narración de la Guerra civil Carlista, estaba débilmente fortificada. La defendían dos fuertes construidos en

dos colinas, inmediatas a la Villa, en los puntos denominados el Parque y Mendivil, artillado el primero con una pieza de 12 centímetros, larga; dos de a 12 centímetros también, cortas, y una de ocho centímetros, larga, de que no se hizo uso, y el segundo, con dos piezas de 16 y de a 12 centímetros, cortas, que son las que jugaron, y una de a ocho centímetros, larga, que no hizo fuego; se colocó una pieza de a ocho centímetros, corta, en la torre de la Parroquia; fueron aspillerados seis portales y se construyeron barricadas en las salidas de la población y unas ligeras tapias, que circundaban parte del recinto. Había en el río una lancha cañonera tripulada por ocho hombres, con una pieza de a 12 centímetros, dos trincaduras con un cañón de a ocho centímetros, respectivamente, y dos escampavías que debían de hostilizar a San Marcial, Ibaiceta y los grupos de casas de Azquempuerto.»

«El puente de Behobia estaba fortificado en la parte española y contaba con una pieza de artillería y una guarnición de 41 miqueletes y ocho carabineros. La cabeza de puente del internacional de Hendaya estaba también fortificado y defendido por algunos miqueletes y 12 carabineros. Otros 12 carabineros y 12 voluntarios sedentarios defendían el paso de Santiago, próximo al puente de Hendaya.»

«La guarnición de Irún se componía de cinco compañías del regimiento de Africa, dos de Murcia, tres de miqueletes, una sección de ingenieros, otra de artillería, 49 carabineros y 100 voluntarios.»

«Se trasladó al interior de la población el hospital cívico-militar, destinando para su asistencia tres médicos titulares de la villa y el del regimiento de Africa, quedando también en sus puestos los dos farmacéuticos del pueblo. Se establecieron, desde luego, 12 camas, seis de éstas de la Asociación de la Cruz Roja y las restantes de la municipalidad, pertenecientes a su hospital particular, situado fuera del recinto. Algunos emigrados españoles, residentes en Bayona, y un caballero italiano remitieron, el día 3 de Noviembre, mantas, sábanas, hilas y dinero, ofreciendo enviar más socorros si duraba el ataque.»

«Conservó Irún sus comunicaciones con Madrid por Francia, y con San Sebastián por mar. El Gobierno francés previno a las estaciones telegráficas que transmitiesen con preferencia los partes que se dirigían desde Irún, referentes al ataque de esta villa.»

«Quedó completamente abandonado el servicio religioso por haber emigrado a Francia el párroco y todos los beneficiados y coadjutores, y haber muerto, a los primeros disparos de la artillería enemiga, el único capellán de Ejército que había en la Guarnición.»

LORENZO RODRIGUEZ CODES

Cuando pensamos en España exclamamos: ¡Si volviera a ser grande!

Pues, para que esto suceda, es preciso que todos los españoles estemos persuadidos de que no basta con un buen deseo: hay que poner a prueba toda clase de nobles esfuerzos y de generosos sacrificios.

EXCURSIONES ARTÍSTICAS

UNAS CUANTAS HORAS EN TOLEDO



Claustro de San Juan de los Reyes.

TOLEDO, la ciudad imperial que es orgullo de España, constituye en toda época un motivo de peregrinación artística. No hay extranjero que a Madrid venga que no sienta el interés decidido de trasladarse a la histórica ciudad, que es, al mismo tiempo, templo de arte y rincón de leyenda.

Nuestros compatriotas, aficionados a rendir tributo a las manifestaciones estéticas, sean cuales sean, no cesan tampoco en sus frecuentes viajes a Toledo. Ir a aquella ciudad y dedicarse a visitar monumentos y contemplar bellezas es hoy cosa usual y corriente para los madrileños. Y no digamos nada en días de fiestas señaladas, cuando la gente acude a Toledo atraída por la solemnidad de los cultos religiosos o de los actos militares que allí se celebran.

Los literatos que, de una u otra nacionalidad, visitan la antigua capital toledana, no pueden menos de ocultar las impresiones que en su excursión han experimentado. Con la literatura de esta clase, escrita en los últimos tiempos, se podría formar muy bien una obra muy interesante, de varios volúmenes.

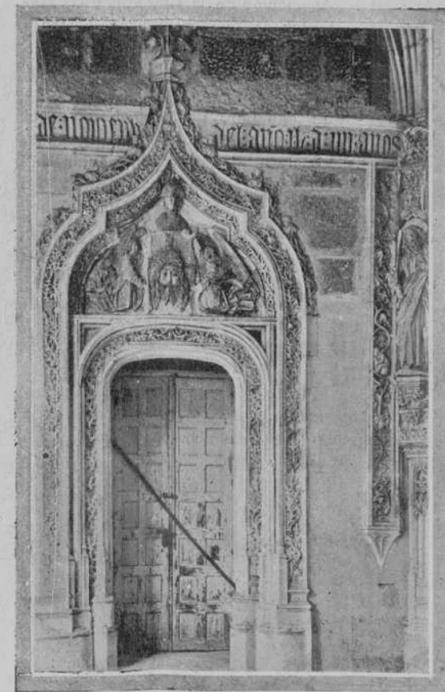
Un ilustre escritor, fallecido no hace mucho, don Francisco Fernández Villegas, que dió prestigio a la firma de *Zeda*, fué un enamorado de Toledo; tanto acaso como Becquer en otros tiempos; tanto como hoy, por ejemplo,

el conde de Cedillo o don Angel Vegue y Goldoni.

Resultado de una de las muchas visitas que hizo a Toledo *Zeda*, fué la siguiente bellísima crónica que, por sus primores, no dudamos en publicar, seguros de que nos lo agradecerán todos los muchos admiradores de las bellezas toledanas.

He aquí el artículo, en el cual se lamentaba precisamente el insigne cronista de un desvío de los madrileños hacia las obras de arte, que hoy, por fortuna, según antes decimos, no existe:

«Los viajes a Toledo en días festivos, con billete de ida y vuelta, cuestan una friolera... Sin embargo, es muy escaso el número de viajeros madrileños que aprovechan la baratura de los trenes para visitar la ciudad Imperial. No es de extrañar este desdén hacia las obras artísticas. Abiertos están al público, sin limitaciones de ningún género, los Museos de Madrid, y contadas personas los visitan. Para sacar de sus casas y de sus casillas a la gran masa de nuestro pueblo son menester otros estímulos que los que pueden ofrecer pinturas, mármoles, antigüedades y joyas artísticas.



Puerta en el famoso claustro.

Quitad el atractivo de las corridas de toros a las fiestas que se celebran en las ciudades de España, y los trenes botijos irían y vendrían poco menos que vacíos.

El tren barato de Toledo sale de Madrid a las ocho y minutos de la mañana y regresa a las ocho y minutos de la noche. Deducidas las cuatro horas que se emplean, en junto, entre los dos trayectos, el viajero cuenta con ocho horas para visitar la ciudad Imperial... A la hora indicada el tren se pone en marcha. Viajeros españoles—ya lo he dicho—van pocos; en cambio, en todos los departamentos se oye hablar en idiomas extranjeros. En mi coche van dos alemanes; en el inmediato se habla en inglés.

Pronto desaparece Madrid, y el tren, con más velocidad de la que suelen llevar los de recreo, cruza los tristes campos que se extienden al Sur de la capital de España. La vista del paisaje causa pena. Apenas nacidas, las yerbas de los prados y las de los campos amarillean ya, a causa de la sequía. El viento las estremece... Diríase que piden temblorosas un poco de agua por amor de Dios a las nubes, que pasan indiferentes, sin hacer caso

de las mudas súplicas del campo. La vega del Tajo alegra la vista: los árboles de la ribera ostentan gozosos su trémula guirnalda de hojas recién nacidas. Algodor... A lo lejos las grandes moles de edificios toledanos, presididos por la enorme torre de la catedral... y agrupado al pie el caserío del pueblo, que no sé por qué llamé imbécil el poeta Zorrilla.

* * *

No tema el curioso lector que me meta yo en la tarea de describir edificios y expresar impresiones artísticas. Y no porque me parezca tarea baldía la de descubrir a España—porque creo que aquí casi todo está por descubrir—, sino porque tal labor traspasaría, no sólo los límites de una crónica, sino las fuerzas del que escribe la presente.

Quédese, pues, en el tintero la enumeración de las bellezas innumerables que se encierran en la soberbia Catedral toledana, de los primores antiguos del claustro de San Juan de los Reyes y de los que añadió al restaurarlo el talento de Melida; de las arquerías musulmicas de Santa María la Blanca, de las reliquias de la Sinagoga convertida en iglesia de la Virgen del Tránsito, del Alcázar, de las murallas árabes, de los cuadros del Greco, de todas las maravillas, en fin, de la Corte de los godos... Allí está toda aquella riqueza, que el aficionado madrileño puede contemplar por sí mismo, mediante la cantidad de tres pesetas y media, que cuesta el billete de ida y vuelta de Madrid a Toledo. Lo que, a decir verdad, causa allí malísimo efecto es la *pedigüenería* de la gente ruin y menuda. Desde que se pone el pie en la plaza de Zocodover, lugar en que paran los carruajes después de subir la agria cuesta que separa la estación de dicha plaza, se ve el viajero asaltado por una tropa de guías y *cicerone* de bajo vuelo, pegajosos como moscas, que no tienen nada que envidiar a los *lazzaroni* napolitanos. A esta enojosa plaga hay que unir la de los mendigos; los hay en todas partes: en las puertas de los templos, en las cercanías de los monumentos, rondando por las inmediaciones de los hoteles, en los paseos, en las calles y en las plazas. Hasta los chiquillos de familias relativamente acomodadas ejercen el *sport* de la mendicidad, y, formando verdaderos enjambres, rodean al forastero, repitiendo con tono quejumbón *¡un sous!*... Porque es de advertir, y el detalle es significativo, que para aquella lechigada de chicuelos todo el que visita la ciudad es *franchute*. Bien se ve que instintivamente comprenden que el



La Puerta de Toledo.

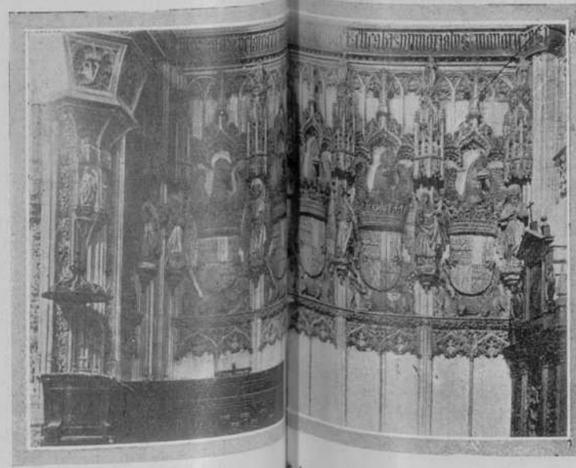
visitar monumentos no es *vicio* de España. Como el transitar por las calles llenas de altos y bajos, más semejantes a las torrenteras de las sierras, que a vías urbanas, es cosa semejante a caminar por los breñales de las montañas, a excepción de los susodichos pedigüeros apenas si se ve alma viviente por la mayor parte de los barrios de la ciudad. Aquellos callejones retorcidos, por los cuales no transita, como es consiguiente, un solo carruaje; aquellos caserones de grandes y viejas puertas claveteadas, que parecían deshabitados si no estuviesen en sus ventanas algunas sombras de mujeres que atisban a los que pasan por la calle; aquellos monumentos de otras edades; aquellos pobres desharrapados que os siguen con voz planífera... todo aquello da la sensación deprimente de una ciudad muerta, de una necrópolis poblada de monumentales tumbas, en cuyo derredor pulula un pueblo de pordioseros, que explotan la curiosidad de los visitantes.

* * *

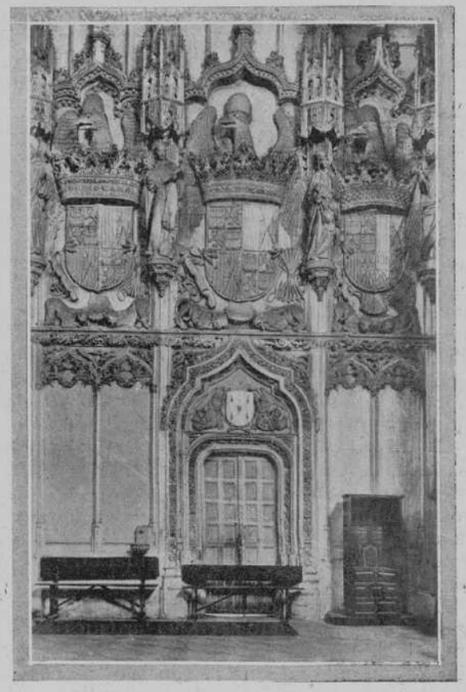
Algunas veces me parecía estar en plena Edad Media, en una región semifantástica, parecida a la «Corte de los milagros». Una circunstancia casual vino a acentuar aún mi ilusión. De una de las puertas de la ciudad salía una larga fila de carros miserables, con toldos remendados, tirados por ca-



El Altar Mayor, visto desde la nave central.



Escudos célebres de San Juan de los Reyes.



Otro detalle del mismo templo.

ballejos éticos, y escoltados por numerosa tropa de bohemios: viejos greñudos, negros, harapientos, que llevaban sujetos con cadenas osos de largo y sucio pelambre, y monos horribles, cuyas callosidades isquiáticas levantaban el estómago; mujeres sucias, descalzas, horribles algunas, con sus crios colgados en sus senos de arpias, y chiquillos medio desnudos que corrían detrás de los carros,

saltando gozosos por la grava de la carretera... La gente veía pasar aquel exótico cortejo: algunos echaban cuartos, que los bohemios agradecían, haciendo que los osos dieran las gracias poniéndose derechos e inclinándose en palaciega cortesía. La tribu fué poco a poco alejándose, levantando con sus pasos y los de sus bestias una nube de polvo...

ZEDA.»

¿No es verdad que produce emoción la lectura de las anteriores páginas, modelos de bien decir y de exacta descripción?

En ellas se afirma como pocas veces el estilo puro y limpio del ilustre escritor castellano, que en esta ocasión se puso al servicio de la belleza de Toledo, y supo dar con su pluma una nota pintoresca, y al mismo tiempo, impresionante.

LA BODA DE LA SEÑORITA DE BERMEJILLO

FUE un acontecimiento para la sociedad madrileña, la boda, en la iglesia de San Fermín de los Navarros, de la bella señorita Carolina Bermejillo y Schmidlen, hija de los marqueses de Bermejillo del Rey, con D. Antonio Chapa y Arisqueta, perteneciente a distinguida familia vizcaína.

El hermoso templo, que tan admirablemente se presta para esta clase de ceremonias, lucía un adorno extraordinario de hermosas plantas y guirnalda de flores.

Con rara puntualidad llegaron al templo los contrayentes y sus padrinos, y en la forma acostumbrada hicieron su entrada.

En la iglesia se encontraban ya numerosas personas, y en la calle grupos de curiosos, que habían acudido para admirar la belleza de la señorita de Bermejillo.

Bellísima, en efecto, estaba la novia con sus galas nupciales. Vestía elegante traje de tisú de plata, adornado con ricos encajes; fina corona de azahar ceñía sobre la frente el velo de tul; en la garganta un valioso collar de perlas regalo de sus padres.

El novio vestía de *chaquet*.

Apadrinaron a los contrayentes la señora viuda de Chapa, madre de aquél, con traje negro, y el marqués de Bermejillo.

De negro también, con mantilla, vestía la marquesa de Bermejillo.

Como testigos firmaron el acta, por parte de la novia, el marqués de Villaviciosa de Asturias, D. Hugo Scherer y don Javier Bermejillo, y por el novio, don José Chapa, el Sr. Mazarredo y D. Pedro Pidal.

Durante la ceremonia religiosa, una notable orquesta ejecutó un escogido programa musical.

Terminado el acto, los novios y sus padres recibieron cariñosas felicitaciones de la concurrencia. Esta era muy numerosa, aunque, naturalmente, advertiase la ausencia de muchas familias, que en esta época se encuentran aún fuera de Madrid.

Desde el templo de San Fermín dirigióse la comitiva nupcial a la artística morada de los marqueses de Bermejillo del Rey, donde fueron obsequiados con un almuerzo las personas de la familia, los testigos y algunos allegados.

Tanto el acto de la boda como los numerosos regalos recibidos por la encantadora Carolina Bermejillo evidenciaron las simpatías que goza en sociedad.

Los regalos, en efecto, fueron muchos y muy valiosos,

Días antes de la boda estuvieron expuestos en la magnífica casa española del paseo del Cisne.

En artísticas vitrinas hallábanse colocados, en los suntuosos salones, los valiosos regalos de familia, joyas bellísimas, que llamaban la atención por su riqueza y buen gusto.

La señorita de Bermejillo regaló a su prometido botonadura de brillantes y reloj de platino, y el novio a su futura hija de brillantes con gran solitario y pulsera de brillantes con soberbio zafiro. Regaló además el traje de boda, cuatro trajes más y un abrigo de castor para viaje.

La señorita de Bermejillo a la que es ya su madre política, broche lazo de brillantes y moaré, y la señora de Chapa a su futura hija pendientes de grandes perlas.

Los marqueses de Bermejillo se mostraron muy rumbosos con su hija.

Además de la ropa blanca que en gran cantidad figuró en el soberbio *trousseau*, depositaron en la canastilla magnífico hilo de perlas rosadas, grandes solitarios y aderezo de brillantes. También le regalaron encajes de Chantilly y Valencienes, cuatro mantones de Manila, dos mantillas de encaje, peinetas y abanicos antiguos, tres trajes de baile, cuatro de calle y abrigo Bisson.

Al Sr. Chapa regalaron los marqueses de Bermejillo, escopeta «Furdy» y mobiliaje de salón antiguo, completo.

Don Javier Bermejillo obsequió a su hermano político con una maleta de viaje, con accesorios de marfil, y a su hermana Carolina, con servicio completo de plata para té.

La señorita de Bermejillo, a su futuro hermano, D. Eugenio, reloj extraplano de oro, y a D. Manuel, gemelos esmaltados con perlas.

Don Antonio Chapa ofreció a la marquesa de Bermejillo una barra con esmeraldas y zafros, y al marqués, petaca de oro; a sus futuros hermanos, D. Javier, petaca de esmalte azul y oro; a la señora de Pidal (D. Pedro), bolsillo de ágata y brillantes.

Los sobrinos Carmen y Pedro Pidal y Bermejillo, a su tía, mesa de laca para té,

y su ahijado Ignacio, juego de plata para té. Los señores de Chapa, a su futura hermana la señorita de Bermejillo, reloj pulsera de oro; los señores de Amor, tres bandejas antiguas de plata, y D. Hugo Scherer, magnífico juego completo de cubiertos de plata.

La canastilla de boda era una maravilla y llamaba, desde luego, la atención por su originalidad.

El contraste era precioso. Aquellos rimeros de ropa blanca y encajes, semejantes a montones de espuma colocados sobre los oscuros asientos de la sillería coral; aquella agrupación de maniqués, que parecían destilar solemnes sobre las alcatifas persas, de geométricos dibujos; aquellas vajillas y servicios de plata destacando sobre las capas pluviales del siglo XVI y sobre las ricas estofas del siglo XVII, formaban tan curioso conjunto, que el visitante no podía menos de sentir admiración.

No es afirmar nada nuevo, decir, que si la marquesa de Bermejillo hubiese tenido necesidad de poner a contribución su ingenio, su cultura y su dominio del arte antiguo, para fines utilitarios, habría logrado una envidiable situación. Porque su concurso hubiese sido solicitado por aquellas casas madrileñas donde se rinde culto al buen gusto y al arte.

El salón en que aparecían los principales regalos—en el que ya se ha bailado alguna vez—aparecía decorado de nuevo. Visten sus muros un antiguo brocatel verde que encontró la marquesa de Bermejillo en Italia.

Sobre valiosas alfombras persas que cubren el pavimento, aparecen muebles ingleses e italianos, de maderas embutidas. Un tapiz de fino dibujo, también italiano, cuyas figuras pequeñas no alteran el tono de la habitación, ocupa el fondo. Y completan el decorado los mármoles negros de las jambas de puertas y balcones, que forman el mejor adorno de toda habitación palaciega.

Original, elegante, sencillo. Estas son las cualidades que dominaban en esta canastilla de boda, digna de la encantadora muchacha que hoy es ya señora de Chapa. Bella canastilla, a cuya exposición no pudo hacerse más objeción que la de tener por fondo un conjunto de obras de arte, tan depurado, tan artístico, que llegaba a prevalecer algunas veces sobre los elegantes vestidos y sobre los preciosos bordados.

UN NUEVO LIBRO DE ARAUJO COSTA

FRANCIA, EL NOBLE PAÍS

NUESTRO ilustre colaborador D. Luis Araujo Costa, ha publicado en estos días un nuevo libro, llamado a obtener un gran éxito de librería. Francia, el noble País, se titula, y es una obra interesante, culta y amena, que tiende a realizar una misión patriótica,

puesto que procura un mayor acercamiento esbiritual entre Francia y España.

Todo lo que sea conocer mejor y comprender más a la vecina República, nos hará quererla más sinceramente. Por eso, aparte sus méritos, nos parece muy oportuno el libro de Araujo Costa.

Para interrogarle sobre su nueva obra y otros asuntos literarios, visitó uno de nuestros redactores el otro día al distinguido escritor. Resultado de aquella visita es la conversación que a continuación reproducimos:

Me gusta la manera de hacer entrevistas que tienen los redactores de VIDA ARISTOCRÁTICA. ¿Para qué preguntarle a uno cómo se llama y cuántos años tiene y si produce o no la literatura? También está muy en lo correcto no comprometer, obligando a que dé cada uno su opinión sobre los escritores del día, es decir, los compañeros.

—¿...?
—Del libro que acabo de publicar sí que hablaré; ya lo creo. En los artículos que lo componen, publicados en *La Epoca*, he puesto mucha parte de mi alma y mucho corazón.

—¿...?
—Hasta ese punto amo a Francia. Decía una vez Gómez Carrillo que él era más francés que Maurras, que es el más francés de todos los franceses; pues bien, yo soy más francés que Gómez Carrillo.

—¿...?
—Eso no. Nunca toleraría que nadie me acusara de mal español. En este mismo libro que motiva la presente entrevista, y en el artículo intitulado *Francia y España. Un modelo*, está la prueba de que soy español en todo, sobre todo y ante todo. ¿No censuro a Goyau el desconocimiento de España y lo español? ¿No sacó la cara por el ro manticismo, que constituye, por decirlo así, nuestra tradición literaria?

—¿...?
—No, en esto se equivoca usted. Si no vivo en Francia es por que — en algo hemos de ser superiores a los franceses — la materialidad de la vida, la vida práctica, la prosa de la existencia, si usted quiere, está mucho mejor aquí que allá. Para los comodones el país ideal es España, o, concretando un poco más, Madrid. Soy un madrileño de pura cepa.

—¿...?
—Ninguna paradoja. Francia y España son hermanas. Amanado a la una hay que amar a la otra. «La fra-

ternidad franco-española es de derecho divino» — ha dicho Maura — (yo mismo se lo oí). Es una de esas verdades que no admiten duda.

—¿...?
—Acostumbro a reirme de los perjuicios y los males y los daños que dicen que nos han hecho los franceses.

—¿...?
—Ya; ya lo digo en mi libro en las páginas que consagro a Monseñor Baudrillat. España olvidó su origen y su significación de país latino al entregarse a la Casa de Austria. ¿Qué nos importaba el Imperio alemán al que todo lo sacrificamos? Richelieu, y luego Luis XIV, no combatieron a España sino a la Casa de Austria.

—¿...?
—Lo comprendo. Fué una fatalidad, una desgracia que trató de evitar y no pudo Fernando El Católico al contraer segundo matrimonio con la francesa Germana de Foix.

—¿...?
—Perdone usted que no continúe por ese camino; nos llevaría muy lejos. Pero, sí; soy un adversario de la Casa de Austria.

—¿...?
—La de Borbón me gusta mucho más, hasta Carlor III se entiende. ¡Ah! No deje usted de apuntar que estamos hablando en un terreno *meramente histórico*. (Así, bien subrayadito.)

—¿...?
—Todo eso ya está explicado en el artículo sobre Baudrillat. ¡La guerra del Rosellón! ¡La invasión napoleónica! No es Francia la que nos ataca entonces; es un aspecto de la política francesa.

—¿...?
—Mi objeto ha sido agrupar unos cuantos hechos que demuestren que Francia es un país católico en el que respetan como en parte alguna los ideales de Patria, familia, religión, y, sobre todo, el pensamiento y la cultura que tienen por base el clasicismo greco-latino y el cristianismo.

—¿...?
—No respetar y venerar la cultura clásica que incorporaron a la doctrina de Cristo los Padres de la Iglesia es, en los países latinos, como el nuestro, caminar a la ruina.

—¿...?

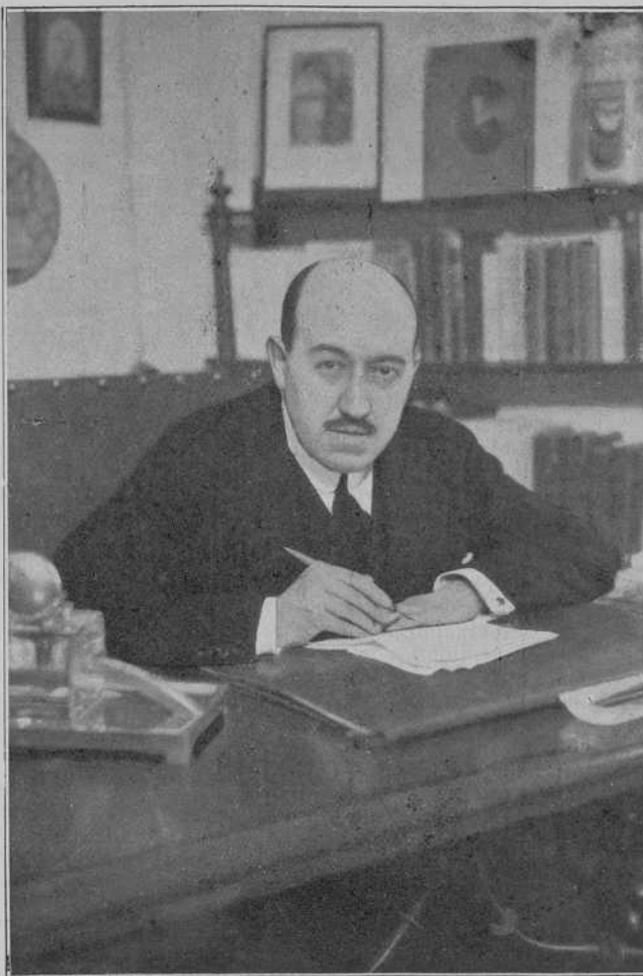
—Sí; todo esto lo dije antes de ahora en un artículo que publicó *La Epoca* el 30 de Junio pasado con el título de *Latinismo*.

—¿...?
—¿Que si tengo afición a la literatura? Enorme. La literatura es mi pasión. Puedo decir como un autor francés, cuyo nombre no recuerdo en este instante: *¡Littérature! J'aime avec folie cette femme là.*

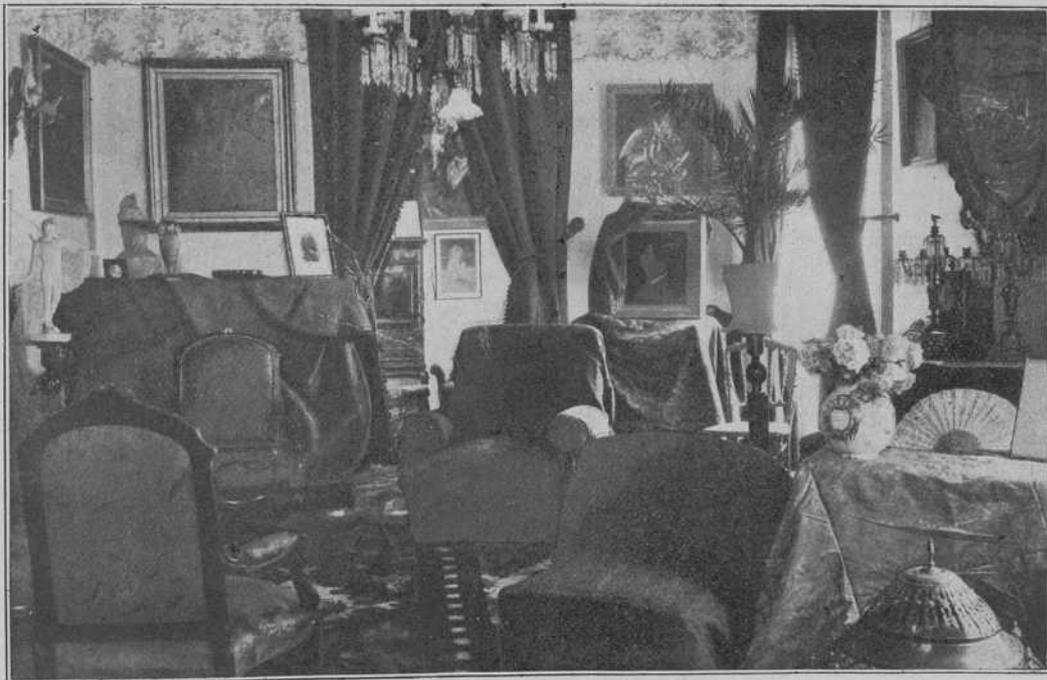
—¿...?
—Y no da disgustos cuando se la ama por ella misma.

—¿...?
—¿Que cuál de mis obras prefiero? Como todo el mundo. La que está por escribir.

—¿...?
—Yo no creo que nada mío tenga mérito. No tengo tertulia de café y escribo lo que habría de decir en la susodicha tertulia. A todo el mundo se le



Don Luis Araujo Costa, autor del libro «Francia, el noble país.»



Un rincón de uno de los salones de la casa del Sr. Araujo Costa, en el que hay algunos cuadros de mérito.

ocurren cosas sobre esto o lo de más allá. Unos lo hablan en privado y se pierde y yo lo escribo.

—¿...?
—Sí; confieso mi culpa. No he sabido tener la modestia—acaso porque no tengo su dinero para permitirme esos lujos—de un amigo mío (y amigo también de casi todos los lectores de *VIDA ARISTOCRÁTICA* y de *La Epoca*) que escribe novelas y libros diversos, hace una tirada de 15 ó 20 ejemplares y además no los firma.

—¿...?
—Puesto que usted se empeña le diré que prefiero *Las cartas de Pepe Albocácer*.

—¿...?
—¡Uy! No me gusta hablar del porvenir. Si los proyectos no se realizan queda uno desairado. Preparo un libro sobre D. Juan Valera, cuyo primer centenario del nacimiento ha de celebrarse en Octubre de 1924.

—¿...?
—Sí, soy un admirador ferviente de Valera. Es uno de nuestros ingenios más notables. ¡Qué espíritu el suyo! ¡Qué cultura la que supo atesorar, al mismo tiempo bien cimentada, con luz, y en contacto con la vida corriente! Bien dice Revilla que era capaz de exponer en un salón,

ante un grupo de bellas damas, la *Crítica de la razón pura*, de Kant, sin aburrir a nadie y sin que nadie pudiera advertir el menor asomo de pedantería.

—¿...?
—¡Y tanto! Hay quien aburre a todo el mundo con solo abrir la boca. Cada vez estoy más convencido de que la amenidad depende de la persona que habla o escribe. En los años en que yo estudié la carrera de Derecho, aquí en Madrid, resultaban los catedráticos más amenos Piernas Hurtado y Alvarez del Manzano. El uno explicaba Hacienda Pública y el otro Derecho Mercantil. Veá usted que dos asignaturas tan poco amenas de suyo.

—¿...?
—No. No he ejercido nunca la carrera. He tenido y tengo siempre curiosidad por algunos problemas de Derecho, pero ni soy orador para quedar bien ante los Tribunales, ni me ha llamado grandemente la atención la práctica forense.

—¿...?
—En efecto. Si me hubiera preparado para oposiciones a cátedras y hubiera tenido la suerte de ganar una a raíz de terminar la carrera, ya me faltaría poco para ser conde.

—¿...?
—¿Le extraña a usted? Me lo explico. Pues le revelaré un secreto que casi nadie conoce. Los catedráticos de Derecho pueden llevar el título de conde a los veinte años de ejercer el profesorado. Es facultad que les concede la Ley VIII, Título XXXI de la Partida II, que en esto no está derogada por ninguna otra disposición posterior.

—¿...?
—Lo que se hace es extender este honor a otras facultades y limitarlo en la de Derecho. Así no se dan títulos sino a aquellas personas que tengan posición económica y social para llevarlos.

—¿...?
—Con todo, prefiero la literatura a la jurisprudencia. Me falta un abismo en méritos y en saber para hombrarme con Cino de Pistoya, el condiscípulo, el camarada de Dante, que fué a la vez juriconsulto eminente, poeta y literato de primera línea.

—¿...?
—Lo que desearía es que *Francia, el noble país*, enseñase a los españoles a conocer y amar a la nación hermana.



DOS OBRAS DE JOSÉ TELLAECHÉ ESPAÑOL.—*La casa de la alegría*, de los señores Torres del Álamo y Asenjo.

En corto espacio de tiempo, José Tellaeche ha estrenado dos obras, pertenecientes a género distinto cada una: *El bello Don Diego*, en el Cómic, y *El honor de los demás*, en el Español.

¿Es *El bello Don Diego* un simple pretexto para que se luzcan el músico, el sastre, el *atrezzista*, el pintor escenógrafo y las tiples? Las operetas, en su aspecto literario, no suelen ser otra cosa. La del Sr. Tellaeche, despojada de la música, podría ser una linda comedia de enredo. Su título nos recuerda *El lindo Don Diego*, de Moreto, ahora que ni su carácter ni su factura responden a la citada comedia clásica. El señor Tellaeche ha ido esta vez a la Francia del siglo XVIII en busca de inspiración, y ha leído con aprovechamiento el *Faust* de Louvet de Coudray—que tradujo a nuestro idioma Llorente, el autor de la *Historia de la Inquisición*—, y las piezas de *imbroglío, travesti, quiproquo*, que los autores franceses, en particular Beaumarchais, tomaron de Italia. Hay, pues, en esta opereta, elementos de los que nunca mueren, porque se amoldan a lo que guardan las sociedades de más permanente, humano y natural.

No diré yo que el señor Tellaeche llegue, ni con mucho, a Beaumarchais, pero inicia un procedimiento que deberán seguir todos los libretistas de zarzuela, el de hacer obras que se tengan en pie, estén articuladas, y aseguren el interés y la buena impresión sobre los espectadores, con motivos teatrales y métodos de técnica ya consagrados y sancionados por unas cuantas generaciones de dos o tres países.

El honor de los demás, del mismo José Tellaeche, que representó Morano en el Español, es comedia de más pretensiones que *El bello Don Diego*. Tiene también poco de española, y con alguna más malicia en el desarrollo, mayor complejidad en los caracteres, y un diálogo menos uniforme, podría representarse tal vez en cualquier escenario del Boulevard con la firma de Bernstein, Bataille o Juan Aicard.

Morano—como Zacconi: en algunas piezas de su repertorio—, gusta de interpretar personajes que, por ser honrados a carta cabal, pecan de rectilíneos. El Mariano de *El honor de los demás* y el Juan Miguel de *La casa de la alegría*, pertenecen a esta clase de tipos, más abundantes en la literatura que en la vida real, por más que yo

no crea en que el hombre civilizado y social sea malo por esencia y tenga placer en que sufra su prójimo. Acaso la moral no es más que un problema de inteligencia y de cultura. No en vano en los cursos de filosofía la ética viene después que la metafísica, la psicología y la lógica.

Ahora bien; de la vida moderna con sus complicaciones de todo orden, a la sencillez psicológica que nos presentan en sus protagonistas respectivos Tellaeche y Torres del Álamo y Asenjo hay bastante distancia. Un hombre bueno en el fondo, como Mariano, no se dedica a usurero porque su mujer, a quien adora, le abandone y huya con otro. Podrá en los primeros momentos de desesperación maldecir de la hembra infiel y de la humanidad, como maldecían los románticos, pero en cuanto vuelve la tranquilidad al ánimo y pueden juzgarse con razón serena los sentimientos que exaltan nuestro espíritu, no es verosímil que un sujeto de buenos instintos contraría su condición. Ya sé que verosímil no es lo mismo que verdadero, y que el señor Tellaeche podría oponer a este reproche, como ejemplo, el caso de D. Ramón Cabrera, el famoso general carlista. Pero el teatro, convencional de suyo, se nutre más de verosimilitudes que de realidades. Así debe ser, por lo menos en la comedia dramática de Tellaeche, en que la acción no sale de los personajes, sino que éstos se supeditan a ella y no tienen otra razón de existir que servirla.

Con todo, *El honor de los demás* es una obra honrada, sincera, bien compuesta, que acusa a un comediógrafo hábil para pesar y valorar en su justo medio las situaciones, y para combinar con acierto los elementos de que dispone todo autor dramático, con ojos para ver, sentido de su arte y conciencia de lo que trae entre manos.

Asenjo y Torres del Álamo son dos saineteros con afán de invadir otros géneros teatrales. La temporada anterior estrenaron en Romea, donde actuaba la compañía de Antonia Plana, *Paloma, la postinera*. Este año nos han servido en el Español *La casa de la alegría*.

Aquí si que los personajes son la realidad mis-

QUINCE AÑOS

¡Cuán atrás se quedaron de la infancia los días!... de nuestra alegre infancia con su encanto de rosa, cuando en tu jardín viejo, tras una mariposa, llevándome a tu lado, jugabas y corrías.

Tus ojos no callaban lo que tú no decías; y en su estuche de bucles yo ví tu faz llorosa un día en que, a los ojos mirándome curiosa, retuve sin saberlo tu mano entre las mias...

Han pasado quince años. De hermosura radiante te miraba una noche reírte en un salón, y al ver que te miraba, me miraste un instante.

Después lloró sus notas una música triste; y al pasar a tu lado, bailaron un rigodón nuestras manos se unieron, y no me conociste.

PABLO CAVESTANY

ma, no muñecos que muevan los autores. El Madrid de los barrios bajos—por lo menos una parte de ese Madrid—, sale al escenario con sus pasiones nobles, su idea del honor conyugal un poco estrecha y de tribu primitiva, sus idiosincrasias y singularidades graciosas, sus dolores y sus alegrías.

Los comediógrafos han prescindido lo más posible de tipos, situaciones y chistes de sainete, pero como ellos son ante todo saineteros, lo que mejor les ha salido es el personaje de Policarpo, que interpreta a la perfección Fernando Montenegro, un actor menos elogiado de lo que merece. La parte dramática de la obra está presentada desde las primeras escenas. Palabras, acciones, episodios hablados, tienden al efecto final. Hasta se hace venir de Rusia a un antiguo amigo de Juan Miguel que tuvo ideas bolcheviques, y que en un largo viaje por todo el mundo ha sentado la cabeza y se ha curado de sus opiniones anarquizantes, sólo para que cuente que en Rusia se libró de la pena capital a que estaba condenado, y también de la cárcel ahogando entre sus manos al carcelero, y Juan Miguel se estremezca con el relato, sin sospechar que él ha de hacer lo mismo con el ladrón de su honra.

Se procede aquí, pues, por antitesis. A Juan Miguel le obliga el destino—«el destino manda», como en la comedia de Hervieu—a llevar a cabo precisamente aquello que más repugna con la bondad innata de su condición. Le horroriza ser marido engañado, y su esposa, que le quiere con amor inmenso, le ha sido infiel por miedo a un canalla que luego casa con la hermana de ella, y dice a Juan Miguel la verdad al reprocharle éste su mala conducta. Juan Miguel no piensa desde entonces más que en matarle. Sabe que tiene intención de irse a Galicia y, en el momento oportuno, cuando faltan los minutos justos para llegar a la estación antes de salir el tren, Juan Miguel mira su reloj, coge el sombrero y marcha decidido. El drama termina con esta escena. Las siguientes están de más; no se justifican. La entrada de Enrique—que así se llama el traidor—y la vuelta de Juan Miguel para que el segundo estrangule al primero a la vista de los espectadores, no tiene razón de ser. En este caso se podría sustituir la acción con el relato, esto es, que alguien viniera a contarnos la tragedia. No por ello sería el desenlace de la obra menos teatral. Recuérdese a tal propósito cómo la tragedia clásica francesa tenía por una de sus normas la prohibición de verter sangre en escena. Las muertes que terminaban cada una de aquellas producciones dramáticas, ocurrían precisamente entre bastidores.

En la interpretación descuellan Amparo Fernández Villegas, Morano (como siempre, muy bien de gesto), y Montenegro que, ya lo he dicho, es un actor de los más completos que pisan los escenarios españoles. En *La casa de la alegría*, interpretando un tipo de sainete, dá una lección a los actores cómicos—hay muchos—que confunden el teatro con el circo, y creen que representar comedias es lo mismo que presentarse en la pista.

LUIS ARAUJO-COSTA.

POESÍAS Y POETAS ESPAÑOLES

NÚÑEZ DE ARCE Y SUS "GRITOS DEL COMBATE"

LA personalidad poética de don Gaspar Núñez de Arce está suficientemente reconocida y sancionada para que necesite ahora de elogios. Pero, merced a uno de sus libros de versos—acaso el que le diera mayor renombre—, puede decirse que es de constante actualidad; pues en los «Gritos del combate», Núñez de Arce pintó el cuadro de una España desgraciada que, por desventura nuestra, sigue preocupando a todos los buenos patriotas.

Bajo el nuevo régimen en que vivimos se han abierto al país horizontes de esperanza; pero mientras que esas perspectivas no se acusen y confirmen, forzoso será seguir lamentando los males porque atraviesa España; esos males que, de un modo o de otro, inspiraron los gritos del poeta inflamado el más por puro patriotismo.

Claro que en las poesías de Núñez de Arce domina el pesimismo; pero esto mismo nos induce a considerarlas aún más sinceras. Si este vate hubiese vivido los días que vivió don Manuel José Quintana, a buen seguro que, como él, se hubiese sentido inflamado por un bélico ardor optimista. Un crítico de la excepcional autoridad de don Marcelino Menéndez Pelayo hizo, en el prólogo que puso a la edición de *El haz de leña* publicada en la colección de autores dramáticos contemporáneos, un paralelo entre Quintana y Núñez de Arce, reconociendo en el estro de éste cualidades análogas a las de aquél y explicando cómo el empuje de las poesías de uno y de otro fué hijo de las circunstancias en que se hallaba el país durante la época de producción de cada uno de ellos.

El vigor poético de Núñez de Arce, la fibra lírica, la altura de pensamiento y la rotundidad y perfección de la forma, dan a los versos de este ilustre vate un valor perdurable en el campo de la literatura castellana.

En toda su obra resplandece este dominio de la técnica, puesto siempre al servicio de la idea. En sus dramas, en sus poemas—tan famosos muchos de

ellos, hasta el punto de constituir su aparición verdaderos acontecimientos literarios—, en sus poesías sueltas y en estos admirables «Gritos del combate» que ahora comentamos, Núñez de Arce consigue el máximo de armonía y sonoridad. Cada estrofa salida de su pluma para la publicidad es un bronce maravillosamente cincelado que cautiva en conjunto y en detalle. No se le pidan al poeta innovaciones: educado en las nor-

en «Tristezas» y en tantas otras composiciones que forman el volumen, la dolorida y angustiada musa del poeta clama contra las injusticias de los hombres y eleva su voz pidiendo una España regenerada y grande.

Para Núñez de Arce su esperanza última estuvo en la juventud que, por la época en que él caminaba hacia su ocaso, comenzaba a florecer.

«¡Quiera Dios que logre—escribió— tiempos más bonancibles y no se vea, como nosotros, condenada a cantar en medio de los horrores de la guerra civil, ni oiga en sus largas noches de insomnio el estertor de la patria moribunda! ¡Quiera Dios que pueda celebrar las conquistas pacíficas de la civilización, el afianzamiento de la libertad, la muerte de la anarquía, la regeneración del espíritu público y las luchas fecundas del trabajo!»

No seamos pesimistas. Y ya que Núñez de Arce, que lo fué, tuvo estas palabras de esperanza, ¿por qué no repetirlas nosotros ahora, pensando en nuestra juventud de hoy?

DIEGO DE MIRANDA

* * *

Puesto que en el anterior artículo se habla del famoso soneto «A España», lo reproducimos como ejemplo de lo que a un hombre de corazón sano y espíritu fuerte le dictó el espectáculo que ofrecía su patria en Enero de 1866.

Decía de este modo:

A ESPAÑA

Roto el respeto, la obediencia rota,
de Dios y de la ley perdido el freno,
vas marchando entre lágrimas y cieno,
y aire de tempestad tu rostro azota.

Ni causa oculta, ni razón ignota
busques al mal que te devora el seno;
tu iniquidad, como sutil veneno,
las fuerzas de tus músculos agota.

No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!

Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida,
lleva en sus propios vicios su tirano.



El ilustre poeta español don Gaspar Núñez de Arce.

mas clásicas y convencido de sus virtudes, las adopta con firmes entusiasmos y en ellas modela toda su obra poética. Y séase o no partidario de este férreo rigorismo, no hay más remedio que reconocer como admirable la maestría a que llegó «en lo suyo» este gran poeta nacional.

Respecto a los «Gritos del combate», baste decir que están escritos en el período comprendido entre el año 1866—cuando surgieron los primeros chispazos del incendio que dos años más tarde surgió—y el de 1873. En la poesía «A Quintana», en el tantas veces discutido soneto «A España», en «Treinta años»,

Mundo Mundillo...



CON motivo del concurso de *golf* que se ha celebrado recientemente en Bilbao se reunieron allí muchas distinguidas personas, que fueron obsequiadas con agradables fiestas.

Por la hospitalaria casa de los marqueses de Arriluce de Ibarra, en Algorta, desfilaron muchas personalidades de la sociedad madrileña, figurando entre ellas la bella hija de don Germán de la Mora, el conde de la Cimera, que fué desde su residencia de Biarritz, y don Joaquín Santos Suárez.

En el Club Marítimo del Abra se celebró una comida, seguida de baile. La fiesta resultó brillante.

Para disputar la copa nacional de Puerta de Hierro tomaron parte, en el concurso de *golf*, el conde de la Cimera, el señor Santos Suárez, don Luis y don Francisco Martos, hijos de los condes de Heredia Spínola; don Pedro Cabeza de Vaca, hijo de la condesa viuda de Catres; don José Mitjans, hijo del duque de Santoña; don Luis Arana, don Enrique Meneses, don Carlos García, los dos hermanos Olávarri y el señor Gandarias.

Ganó la copa nacional don Luis de Olávarri, distinguiéndose también otros notables jugadores.

EN la Legación de Cuba se celebró recientemente una brillante recepción, con motivo de la fiesta nacional cubana, asistiendo distinguidas personas de la sociedad madrileña, Cuerpo diplomático y colonia de aquel país.

Parte interesante de la fiesta fué un concierto a cargo de los aplaudidos artistas Jaime Ferré, que cantó la romanza «Cielo e mare», de *Gioconda*, y «Ridi pagliacci», de *Payasos*, y el barítono Jaime Miret, que dijo el prólogo de esta última ópera y el «Parissiamo», de *Rigoletto*.

La pareja de baile del teatro de la Zarzuela también tomó parte en la fiesta.

Ella ejecutó *La muerte del cisne*, y los dos, los bailables de *Coppelia*, con los trajes de esta obra. La precisión y maestría de los Cronwell fué justamente celebrada.

El ministro, señor García Kohly, y su hija, mistress Harris, obsequiaron espléndidamente a sus invitados.

ANTE la inauguración del Palacio del Hielo, la juventud aristocrática madrileña está de enhorabuena. Los tés de moda y las comidas de gala volverán a ser centro de la sociedad de Madrid y la pista de patines recobrará su primitiva animación.

Era, en verdad, una lástima que local tan adecuado como este permaneciese cerrado, sin luz y sin alegría.

MADRID se anima. Los teatros ven sus salas concurridísimas y en algunos, como Apolo y Eslava, la sociedad madrileña se congrega a diario.

Los grandes hoteles han reanudado su vida habitual. El Palace ha comenzado ya, en el gran salón de Cortés, sus tés de moda, con *jazz band* y baile, que tan favorecido fué en el año anterior.

Pronto comenzarán las comidas de moda de los lunes del Hotel Ritz, centro siempre de la gente elegante; los tés de moda de los jueves y domingos; los tés benéficos del salón Freddy's, y poco a poco la vida madrileña entrará en el período de animación. Las nuevas generaciones de muchachas bonitas lo agradecerán seguramente.

AL reanudarse la vida de sociedad en Madrid *La Duquesita* comienza a recibir encargos de sortijeros y toda clase de regalos, con dulces y bombones, para bodas, cruzamientos y bautizos. Esto es lo natural; pero no deja de ser un sintoma del buen gusto de la sociedad madrileña.

EN la iglesia de la Concepción Real de Calatrava se ha celebrado la ceremonia de armar ca-

ballero y vestir el hábito de la Orden de Montesa a don Agustín Fernández de Peñaranda y de Angulo, marqués de Santa Lucía de Cochán.

Formaron el capítulo los caballeros de Alcántara, Calatrava y Montesa, presididos por el marqués de Monreal, y asistieron numerosas personas.

Apadrinó al nuevo caballero don Ricardo Suárez Guanes, y le calzaron las espuelas don José de La Azuela y don Enrique Eizmendi, bendiciendo el hábito don Gonzalo Morales de Setién.

SE encuentra en España, de regreso de Méjico y Nueva York, la duquesa de Parcent.

La ilustre dama está siendo estos días muy visitada.

Sus hijos los príncipes de Hohenlohe, que realizaron con ella el viaje a América, se han trasladado desde París a Viena.

EL Rey de Bélgica ha concedido la gran cruz de la Orden de Leopoldo II al distinguido escritor don Eugenio Rodríguez Escalera, *Monte Cristo*.

Ha querido con esto premiar el Soberano de Bélgica la acertadísima labor realizada por el brillante cronista con ocasión del viaje de los Reyes de España a Bruselas.

Muy de veras celebramos la honrosa distinción, enviando nuestra cariñosa enhorabuena al ilustre y querido compañero.

SE encuentra muy mejorado de su dolencia, en San Sebastián, el Príncipe Pio de Saboya, mayordomo mayor de la Reina doña Cristina.

EN el noviciado de religiosas de Jesús y María, en San Gervasio (Barcelona), ha ingresado la distinguida señorita Josefina Senante y Esplá, hija del director de *El Siglo Futuro*, don Manuel.

NOTAS DE PÉSAME

A varios inconsolables padres quisiéramos llevar algo de alivio con nuestras palabras: a los duques de Arión, que han perdido a su hijo Rafael, de siete años, que llevaba el título de marqués de Alboloduy; a los marqueses de Zugasti, que han visto morir a su precioso hijo Francisco de Borja; al Embajador de la Argentina, Doctor Carlos Estrada, que ha perdido a una hija, y a los señores de Sánchez Guerra y Sáinz (D. Rafael), que han visto cómo volaba al cielo el ángel que hace poco tiempo había venido a alegrar su hogar.

A todos estos padres infortunados, sumidos hoy en terrible pena, acompañamos con toda nuestra alma en su dolor.

EN Madrid ha fallecido el respetable señor don León Urzáiz, hermano del exministro don Angel.

El señor Urzáiz era un distinguido y pundonoroso militar y fué gobernador civil, cargo que desempeñó con gran acierto.

Estaba casado con doña Guadalupe Santos Guzmán, hija del fallecido exministro don Francisco.

A la señora viuda de Urzáiz, a la de Santos Guzmán y demás familia del finado enviamos el testimonio de nuestro pésame.

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos

Helados :- : Salón

:- :- de te :- :-

Serrano, 28

EL ministro plenipotenciario del Japón en España, conde Kinjiro Hirosawa, ha obsequiado con un almuerzo en el Nuevo Club a varias distinguidas personas de la sociedad madrileña.

LE ha sido practicada, con resultado satisfactorio, la operación de la apendicitis a don Manuel Bernar, hijo de los condes de Bernar.

HA sido expedida Real carta de sucesión en los marquesados de Villamediana y de Casa Fontanellas, a favor de doña Concepción de Lara y Urquiza, vizcondesa de la Laguna, por fallecimiento de su padre don Francisco de Lara y Fontanellas.

El capitán general duque de Rubí ha hecho cesión del marquesado de Tenerife a su hijo don Valeriano Weyler.

La *Gaceta* anuncia que don Alberto de Elzaburu Fernández Vizcarrondo ha solicitado en Gracia y Justicia la rehabilitación, a su favor, del título de marqués de la Esperanza.

DESPUES de pasar una temporada en Italia, ha regresado a esta corte el Nuncio apostólico de Su Santidad, monseñor Tedeschini.

También han regresado últimamente a Madrid: el embajador de Bélgica y la baronesa de Borchgrave, con su hija; el ministro de Suiza, señor Mengotti y el ministro del Uruguay, don Benjamín Fernández Medina, este último después de representar a su país en la Asamblea de la Sociedad de Naciones y de asistir como embajador extraordinario al acto en la toma de posesión del nuevo Presidente de Portugal.

SE halla pasando una breve temporada en esta corte el embajador de España en Bélgica, marqués de Villalobar. Sea bienvenido.

EL distinguido prócer catalán, recientemente fallecido en Barcelona, don Joaquín de Cárcer y Amat, marqués de Castellbell y Castellmeya, ha legado a los Hospitales de aquella ciudad más de un millón de pesetas; a la catedral su carroza, que siempre acompañaba a la Custodia en la procesión del Corpus, y a la Junta de Museos de Barcelona otra valiosísima carroza del siglo XVII, varias artísticas arcas de ébano de gran valor y otros objetos artísticos.

LA condesa de Llovera, que acaba de regresar a Biarritz, con sus padres, los condes de la Viñaza, se encuentra restablecida de la operación que le ha sido practicada en Biarritz.

Con este motivo está recibiendo muchas felicitaciones.

EN la parroquia de San Marcos se ha celebrado, solemnemente, el bautizo del hijo recién nacido de los condes de Riudoms, al que apadrinaron su abuela paterna, la duquesa de Pínohermoso, y su tío el primer introductor de embajadores, conde de Velle.

En la pila bautismal recibió los nombres de Enrique Manuel; después le ofrecieron a la Virgen, mientras se cantó una salve ante el altar de Nuestra Señora del Carmen.

También se ha efectuado el bautizo de los hijos recién nacidos de los señores de Dupuy de Lome (don Enrique), asistiendo distinguida concurrencia. Se impuso al niño el nombre de Enrique, y fué apadrinado por su abuela materna, doña Adela Vidiella de Dupuy de Lome, y su tío, don Luis; y a la niña, el nombre de Adela, siendo padrinos sus tíos los señores de Ballester (don Carlos).

LA condesa de Eril, esposa del diplomático don Alonso Alvarez de Toledo y Mencos, hijo de los marqueses de Pontejos y nieto de la marquesa de Miraflores, ha dado a luz un hermoso niño. Madre e hijo se encuentran perfectamente.

También ha dado a luz felizmente un niño la esposa de don José Alonso Martínez, hijo del presidente de los ferrocarriles del Norte de España, marqués de Alonso Martínez.

Ha dado a luz en el Sanatorio del doctor Parache un hermoso niño la bella señora de don José de Giles.

Igualmente, la condesa de Arenales y de Carrillas, hija de los duques de Aveyro e hija política de la condesa viuda de Floridablanca, ha dado a luz felizmente a su primogénito, encontrándose madre e hijo perfectamente.

Con este motivo están recibiendo muchas felicitaciones todos los venturosos padres.

PAGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

JEROMIN

JEROMIN era el hijo único de una familia de labradores muy humilde. Nació cuando ya sus padres se aproximaban a la vejez, y aunque su venida al mundo llenó a los esposos de inenarrable alegría, muy pronto echaron de ver que el niño era de lo más feo y esmirriado que pudiera imaginarse.

Tenía los ojos como cabecitas de alfiler; las narices, largas y con una berruga en la punta; la boca le cogía de oreja a oreja, y estas eran tan crecidas, tan crecidas, que parecían las de un elefante. Además sus piernecillas semejan un arco, y para que el diablo no tuviera por donde cojerlo—o para que lo agarrase mejor—en la espalda lucía una joroba sólo comparable a las de Polichinela.

—¡Valiente mamarracho nos ha caído en suerte!—decía el padre.—¡Más valiera que se hubiese muerto!

—¡Pobrecito!—exclamaba la mamá.—Después de todo, ¿qué culpa tiene?

—Yo que tú,—seguida el marido—lo envolvía muy bien envuelto, para que no se acatarre; lo metía como a Moisés, en una canastilla, y lo echaba río adelante. ¡Quién sabe si tendría más suerte que con nosotros!

Pero como la mujer pusiera cara de llanto, el padre decidió callar, hasta que llegara su día.

Así transcurrió un año.

Jeromín, más feo cada vez, pero más listo, como si se diese cuenta de lo molesto que era para los suyos, a los diez meses corría con sus piernecillas flacas y antes de los doce, hablaba hasta por los codos.

Pero la suerte de sus padres, empeoraba de momento en momento.

Una tempestad horrorosa, acompañada de piedras como melocotones, acabó de arruinarlos. Llegó cierta noche en que no tuvieron un mal mendrugo que llevarse a la boca.

Jeromín, aunque sentía más hambre que sus padres, callaba para no afligirlos.

—¡Anda a la cama!—le gritó el labrador.—¡Estoy seguro de que tú has sido el causante de nuestra situación crítica!

—Papá, yo...

—¡A la cama, he dicho!

Cuando se fué, habló a la mujer:

—Oye; esto se ha acabado en definitiva. Mañana, al romper el alba, tú y yo, saldremos de este odioso pueblo, dejando a ese desgraciado que se las componga sólo. ¡Ya es hora de que nos libremos de él!

La infeliz madre trató por todos los medios de disuadirle, pero ante el temor de que cometiera un acto violento, consintió partir sin su pequeño.

Toda la noche se la pasó llorando y aún no había amanecido, cuando de puntillas se llegó a

la cuna de Jeromín y después de darle muchos besos, le dejó un puñado de monedas debajo de la almohada. Todos los ahorros de la mamá. Poco después, los labradores huían campo adelante.

Cuando el niño abrió los ojos, llamó a su mamá; pero al no obtener respuesta, se levantó solito, recorrió la casa y viéndose sólo, en vez de pescar una rabieta, registró todos los rincones; miró debajo de la almohada, por fin; recogió los cuartos y, como todo un hombrecito, se fué también en busca de aventuras.

Hupa, hupa, hupa, se acercó a una fuentecita que estaba debajo de un árbol muy grande, y se puso a beber. Después de beber, sintió debilidad, pero como no tenía nada que llevarse a la boca, decidió reparar fuerzas durmiendo a más

había puesto el Monarca, obedecieron. Total, que Jeromín comió chuletas y huevos y dulces de todas clases; que le pusieron vestidos de seda; que lo metieron en la carroza del Rey y lo condujeron a palacio.

Al día siguiente se celebraba audiencia y el Monarca administraba justicia desde su trono. A los pies, Jeromín, con su látigo, escuchaba y daba su opinión de vez en vez.

El primero que entró en la sala de audiencia, fué un ladrón de caminos, que había desnudado a unos infelices muchachos para robarles la ropa.

—¿Qué te parece, Jeromín, que debemos hacer con este hombre?—preguntó el Rey a su bufón.

—Me parece, tío, que debemos desnudarle, untarle de miel y soltarle al sol, para que le entren moscas. El Monarca aprobó y siguieron entrando acusados.

Ya llevaban cerca de una hora de juicios, cuando los soldados condujeron—¿a quién diréis?—a los padres de Jeromín.

El chico se tapó con el manto del Rey, para que no le conocieran.

—¿Qué ha sucedido?—comenzó el Soberano.

—Señor,—respondieron los guardianes—que este hombre estaba golpeando ferozmente a esta pobre mujer.

—¿Y por qué la pegabas?

—Porque quería volver junto a mi hijito—contestó la mujer.

—¡Es un adefesio, Señor!—insistió el hombre.—Si le viérais, de seguro que echariais a correr.

—¡Yo quiero mi hijo, Señor—lloraba la madre.

Entonces el Rey, acordándose de su bufón, le interrogó:

—Oye, tú; ¿qué opinas de esto?

Jeromín, con la cara tapada, exclamó:

—Pues opino, tito de mi alma, que a ella la coloques en Palacio, de ama de llaves. Y a él... perdónale, porque bastante desgracia tiene con carecer de corazón.

Al decir estas palabras, se descubrió, y ya podéis figuraros los gritos de la madre.

—¿Pero son tus padres?—dijo el Monarca.

—Son mis padres y os pido perdón para ellos.

Conque el Rey consintió en ello. Colocó a la madre de ama de llaves y al padre le encargó de la doma de potros salvajes, el mejor cargo para él.

En cuanto a Jeromín, de día en día fué adquiriendo mayor saber y donaire.

Una vez le preguntó el Soberano:

—¿En qué consiste que mis damas, con las luces de palacio, no parecen tan bellas como a la luz del día? A lo que Jeromín contestó:

—Consiste en que no usan los nuevos Polvos de Arroz «Freya», tono-malva, de Floralia, fabricados especialmente para la luz artificial.

Todo el mundo aplaudió, y las damas, agradecidas a su consejo, le regalaron un pipopó.

Cosa que no había oído desde que nació.

PRINCIPE SIDARTA.

F R E Y A

LA SUGESTIVA DIOSA DE LA JUVENTUD PERENNE, HA SERVIDO DE NOMBRE A UNOS NUEVOS POLVOS DE ARROZ, LLAMADOS A ALCANZAR ENTRE LAS SEÑORAS EXITO DEFINITIVO.

NO SOLAMENTE POSEEN PROPIEDADES INSUPERABLES DE FINURA, AROMA Y ADHERENCIA, SINO QUE SE FABRICAN EN DIVERSOS TONOS, PARA QUE SIRVAN ESPECIALMENTE A CADA CUTIS.

BLANCOS-ROSA, 1 Y 2.—RACHEL, 1 Y 2.—MORISCOS Y MALVA. ESTOS ULTIMOS SON DE SORPRENDENTES EFECTOS CON LUZ ARTIFICIAL Y DE EXITO SEGURO EN TEATROS, RECEPCIONES, BAILES, ETC.

PRECIO: 3,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE "FLORALIA",

y mejor a la sombra de las ramas. No habría transcurrido ni una hora, cuando un griterío tremendo, seguido de ruido de trompetas y machacar de herraduras, le despertó.

Era el Rey de Ululandía, que iba de caza con sus servidores.

Uno de ellos, al ver aquel enanito tan raro y tan feo, soltó el trapo a reír. Los demás le imitaron y tanto rieron, que el Rey, intrigado, se acercó a mirarle.

—¡Já, já, já! ¡En mi vida he visto nada más curioso!—dijo, apretándose los costados para no reventar de risa.—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Jeromín, Señor, y tengo más hambre que vos gana de divertirse—repuso el pequeño.

—¿Qué tienes hambre?

—Más que belleza.

—Pues te darán de comer cuanto gustes, con la condición de que me has de acompañar a palacio y ser mi bufón hasta que muera.

—Bueno, Rey; ya que soy vuestro bufón, os trataré de tú. ¡Anda, Soberano, dí que me sirvan estos perros farderos unas chuletas!

Los servidores se pusieron serios e iban a incomodarse; mas al ver la cara de alegría que

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES

DE LA
FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERÍA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava 9

Primera en España en
MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CAPROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMÓVI-
LES DANIELS — AUTOMÓVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33.—MADRID—Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES
Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y ÚNICA.

CASA "LA MARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

JUGUETES

Gran Vía, 18.



Tel. M. 515.

COCHES DE NIÑO

FRANZEN

FOTÓGRAFO

Príncipe, 11.-Teléfono M.-835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS

CONFECCION DE ROPA BLANCA

Fábrica en Imagro

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9

MADRID.—Teléfono 21-06 M.

FÉLIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas

MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.—Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELEITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segova.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

ANGEL RIPOLL BATERIAS DE COCINA EXTRAN-
JERAS DE TODAS CLASES

Magdalena, 27.—Unica Sucursal: León, 38

R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR EN METALES

Fuentes, 7, Madrid. Teléfono 415 M

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10
MADRID

Teléfono 10-50 M.



INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid.



RIBAS 924

Como el aire de Mayo
acariciador y suave, in-
vade el cuarto de baño
de la mujer cuidadosa
la fragancia del jabón

HENO DE PRAVIA

Suaviza, blanquea y
perfuma deliciosamente
la piel.

Pastilla, 1,50 en toda España.

Perfumeria Gal.-Madrid.

RIBAS-4-23